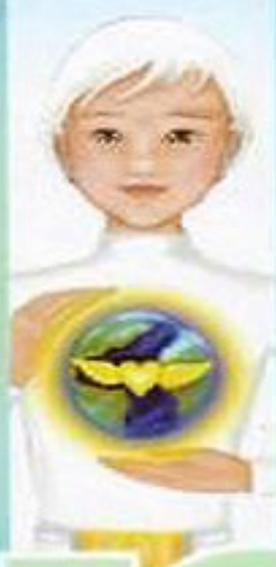


ENRIQUE BARRIOS



Ammi

el niño de las estrellas



Pedro, un niño de 10 años pasa sus vacaciones de verano en un pueblo costero. Una noche, en la playa, traba amistad con un niño extraterrestre llamado Ami. Junto a su nuevo amigo, vivirá una serie de experiencias insólitas y sorprendentes: recibirá unas breves lecciones de vuelo, luego él y Ami viajarán a bordo de una nave espacial por diversos lugares del planeta e incluso visitarán otros mundos. Ami le enseñará a Pedro que el Amor es la ley fundamental del universo, que la evolución no es otra cosa que acercarse al Amor y que el ego es la barrera que nos frena y que impide que se manifiesten nuestros mejores sentimientos.



Enrique Barrios

**Ami,
el niño de las estrellas**

ePUB r1.2

GONZALEZ 26.05.13

Enrique Barrios, 1986

Corrección de erratas: Pishu
ePub base r1.0



ami

El Niño de las Estrellas

Es difícil a los diez años escribir un libro. A esta edad nadie entiende mucho de literatura... ni le interesa mayormente; pero tengo que hacerlo, porque Ami dijo que si yo quería volver a verlo, debería relatar en un libro lo que viví a su lado.

Me advirtió que entre los adultos, muy pocos iban a entenderme, porque para ellos es más fácil creer en lo horrible que en lo maravilloso.

Para evitarme problemas me recomendó decir que todo es una fantasía, un cuento para niños.

Le haré caso: *esto es un cuento*.

ADVERTENCIA

(Dirigida solamente a los adultos)

No siga leyendo, no le va a gustar: lo que viene es maravilloso

Dedicado a los niños
de cualquier edad
y de cualquier pueblo
de esta redonda y hermosa patria,
esos futuros herederos y constructores
de una nueva Tierra
sin divisiones entre hermanos.

*Cuando los pueblos se congregaren en uno
y los reinos
para servir al Amor
(Salmo 102:22)*

*... y volverán sus espadas en rejas de arado
y sus lanzas en hoces
no alzará espada gente contra gente
ni se ensayarán más para la guerra
(Isaías 2:4)*

*... y mis escogidos poseerán por heredad la tierra
y mis siervos habitarán allí
(Isaías 65:9)*

Parte primera

Comenzó una tarde del verano pasado en un balneario de la costa donde vamos con mi abuelita casi todos los años.

Esa vez conseguimos una casita de madera. Tenía muchos pinos y boldos en el patio, y por el frente, un antejardín lleno de flores. Se encontraba cerca del mar, en un sendero que lleva hacia la playa.

Quedaba poca gente, porque la temporada iba a terminar. A mi abuelita le gusta salir de vacaciones los primeros días de marzo, dice que es más tranquilo y más barato.

Comenzó a oscurecer. Yo estaba sobre unas rocas altas junto a la playa solitaria, contemplando el mar. De pronto vi en el cielo una luz roja sobre mí. Pensé que sería una bengala o un cohete de esos que se lanzan para el año nuevo. Venía descendiendo, cambiando de colores y arrojando chispas. Cuando estuvo más bajo comprendí que no era una bengala ni un cohete, porque al agrandarse llegó a tener el tamaño de una avioneta o mayor aún.

Cayó al mar a unos cincuenta metros de la orilla, frente a mí, sin emitir sonido alguno. Creí haber sido testigo de un desastre aéreo, busqué con la mirada algún paracaidista en el cielo; no había ninguno. Nada perturbaba el silencio y la tranquilidad de la playa.

Sentí mucho miedo y quise correr a contarle a mi abuelita; pero esperé un poco para ver si divisaba algo más. Cuando ya me iba, apareció algo blanco flotando en el punto en donde había caído el avión, o lo que fuera: alguien venía nadando hacia las rocas. Supuse que se trataba del piloto, que se habría salvado del accidente. Esperé que se aproximara, para intentar ayudarlo en lo que yo pudiera.

Como nadaba con agilidad, comprendí que no estaba malherido.

Cuando se acercó más, me di cuenta de que se trataba de un niño. Llegó a las rocas y antes de comenzar a subir me miró amistosamente. Pensé que estaba feliz de haberse salvado, la situación no parecía dramática para él, eso me calmó un poco. Llegó a mi lado, se sacudió el agua del pelo y me sonrió, entonces me tranquilicé definitivamente; tenía cara de niño bueno. Vino a sentarse junto a mí, suspiró con resignación y se puso a mirar las estrellas que comenzaban a brillar en el cielo.

Parecía más o menos de mi edad, un poco menor y algo más bajito, vestía un traje blanco como de piloto, hecho de algún material impermeable, ya que no estaba mojado, su vestimenta terminaba en un par de botas blancas de gruesas suelas. En el pecho llevaba un emblema color oro: un corazón alado dentro de un círculo. Su cinturón, también dorado, tenía a cada lado una especie de radios portátiles, y en el centro una hebilla grande y muy bonita.

Me senté junto a él. Pasamos un rato en silencio; como no hablaba, le pregunté qué le había sucedido.

—Aterrizaje forzoso —contestó riendo. Era simpático, tenía un acento bastante extraño, supuse que venía desde otro país en el avión. Sus ojos eran grandes y bondadosos.

—¿Qué le pasó al piloto? —pregunté. Como él era un niño, pensé que el piloto tendría que ser una persona mayor.

—Nada. Aquí está, sentado a tu lado —respondió.

—¡Ah! —Quedé maravillado. ¡Ese niño era un campeón! ¡A mi edad ya manejaba aviones!

Supuse que sus padres serían ricos.

Fue llegando la noche y tuve frío. El se dio cuenta, porque me preguntó:

—¿Tienes frío?

—Sí.

—No hace frío —me dijo sonriendo. Sentí que realmente no hacía frío.

—Es verdad —le contesté.

Después de unos minutos le pregunté qué iba a hacer.

—Cumplir con la misión —respondió sin dejar de mirar el cielo.

Pensé que estaba frente a un niño importante, no como yo, un simple estudiante en vacaciones.

El tenía una misión... tal vez algo secreto... No me atreví a preguntarle de qué se trataba.

—¿No lamentas haber perdido el avión?

—No se ha perdido —respondió, dejándome sin comprender.

—¿No se perdió, no se destruyó entero?

—No.

—¿Cómo se puede sacar del agua para repararlo... o no se puede?

—Oh, sí, se puede sacar del agua —me observó con simpatía y agregó— ¿cómo te llamas?

—Pedro —respondí, pero algo comenzaba a no gustarme: él no respondía a mi pregunta. Al parecer, se dio cuenta de mi disgusto y le hizo gracia.

—No te enojas, Pedrito, no te enojas... ¿Cuántos años tienes?

—Diez... casi. ¿Y tú? Rió muy suavemente, con la risa de un bebé cuando le hacen cosquillas.

Yo sentí que él intentaba ponerse por sobre mí, debido a que manejaba un avión y yo no, eso no me gustaba; sin embargo, era simpático, agradable, no pude enojarme seriamente con él.

—Tengo más años de los que tú me creerías —respondió sonriendo. Sacó del cinturón uno de los aparatos parecidos a radios a pila. Era una especie de calculadora de bolsillo, la encendió y aparecieron unos signos luminosos, desconocidos para mí. Hizo algún cálculo y al ver la respuesta me dijo riendo:

—No; no me lo creerías.

Llegó la noche y apareció una hermosa luna llena que iluminaba toda la playa. Miré su rostro con atención. No podía tener más de ocho años, sin embargo, era piloto de avión... ¿Tendría más años?... ¿No sería un enano?

—¿Crees en los extraterrestres? —me preguntó sorpresivamente. Tardé un buen rato en responder. Me observaba con unos ojos llenos de luz, parecía que las estrellas de la noche se reflejaban en sus pupilas. Se veía demasiado bonito para ser normal. Recordé el avión en llamas, su aparición, su calculadora con signos extraños, su acento, su traje, además, era un niño, y los niños no manejamos aviones...

—¿Eres un extraterrestre? —pregunté con algo de temor.

—Y si lo fuera... ¿te daría miedo?

Fue entonces que supe que sí venía de otro mundo. Me asusté un poco, pero su mirada estaba llena de bondad.

—¿Eres malo? —pregunté tímidamente. El rió divertido.

—Tal vez tú eres más malito que yo...

—¿Por qué?

—Porque eres terrícola.

—¿De verdad eres extraterrestre?

—No te asustes —me confortó sonriendo y señaló hacia las estrellas mientras me decía: este universo está lleno de vida... millones y millones de planetas están habitados... Hay mucha gente buena allá arriba...

Sus palabras producían un extraño efecto en mí. Cuando él decía esas cosas, yo podía «ver» esos millones de mundos habitados por gente buena. Se me quitó el temor. Decidí aceptar sin sorprenderme que él era un ser de otro planeta. Parecía amistoso e inofensivo.

—¿Por qué dices que los terrícolas somos malos? —pregunté. El continuó mirando el cielo y dijo:

—Qué hermoso se ve el firmamento desde la Tierra... Esta atmósfera le otorga un brillo... un color...

No me estaba respondiendo otra vez. Volví a sentirme molesto; además, no me gusta que me crean malo, no lo soy, al revés: yo quería ser explorador cuando fuera grande y cazar malos en los ratos libres...

—... Allá, en las Pléyades, hay una civilización maravillosa...

—No todos somos malos aquí...

—Mira esa estrella... así era hace un millón de años... ya no existe...

—Dije que no todos somos malos aquí. ¿Por qué dijiste que todos los terrícolas somos malos?

—Yo no he dicho eso —respondió sin dejar de mirar el cielo, le brillaba la mirada—. Es un milagro...

—¡Sí lo dijiste!

Como levanté la voz, logré sacarlo de sus ensueños; estaba igual que una prima mía cuando contempla la foto de su cantante preferido; está enamorada de él.

Me miró con atención, no parecía molesto conmigo.

—Quise decir que los terrícolas suelen ser menos buenos que los habitantes de otros mundos del espacio.

—¿Ves? Estás diciendo que somos los más malos del universo.

Volvió a reír y me acarició el pelo mientras decía:

—Tampoco quise decir eso.

Aquello me gustó menos aún. Retiré la cabeza, me molesta que me miren como a un tonto, porque soy uno de los primeros de mi clase, además, iba a cumplir *diez años*.

—Si este planeta es tan malo, ¿qué haces aquí?

—¿Te has fijado cómo se refleja la luna en el mar?

Continuaba ignorándome y cambiando el tema.

—¿Viniste a decirme que me fije en el reflejo de la luna?

—Tal vez... ¿Te diste cuenta de que estamos flotando en el universo?

Cuando me dijo eso, creí comprender la verdad: ese niño estaba loco. ¡Claro! Se creía extraterrestre, por eso hablaba cosas tan extrañas. Quise irme a casa, otra vez me sentí mal, ahora, por haber creído sus historias fantásticas. Había estado tomándome el pelo... Extraterrestre... ¡y yo se lo creí! Me dio vergüenza, rabia conmigo mismo y con él. Me dieron ganas de darle un buen golpe en la nariz...

—¿Por qué; es muy fea mi nariz?...

Quedé paralizado. Sentí temor. ¡Me había leído el pensamiento! Lo miré. Sonreía victorioso. No quise rendirme, preferí creer que eso fue una casualidad, una coincidencia entre lo que yo pensé y lo que él dijo. No le demostré sorpresa, tal vez fuera verdad, pero tenía que comprobarlo... tal vez estaba ante un ser de otro mundo, un extraterrestre que podía leer el pensamiento.

Decidí hacerle una prueba.

—¿Qué estoy pensando ahora? —dije, y me puse a imaginar una torta de cumpleaños.

—¿No te basta con las pruebas que ya tienes? —preguntó. Yo no estaba dispuesto a ceder un milímetro.

—¿Cuáles pruebas?

Estiró las piernas y apoyó los codos sobre la roca.

—Mira, Pedrito, hay otro tipo de realidades, otros mundos más sutiles, con puertas sutiles para inteligencias sutiles...

—¿Qué significa sutiles?

—¿Con cuántas velitas?... —dijo sonriendo.

Fue como un golpe al estómago. Me dieron ganas de llorar, me sentí tonto y torpe. Le pedí que me disculpara, pero no se molestó por aquello, no me hizo caso y se puso a reír. Decidí no volver a dudar de él.

—Ven a quedarte a mi casa —le ofrecí, porque ya era tarde.

—No incluyamos adultos en nuestra amistad dijo, arrugando la nariz entre sonrisas.

—Pero tengo que irme...

—Tu abuelita duerme profundamente, no te echará de menos si conversamos un rato.

Otra vez me causó sorpresa y admiración. ¿Cómo sabía acerca de mi abuelita? ...Recordé que era un extraterrestre.

—¿Puedes verla?

—Desde mi nave la vi a punto de quedarse dormida —respondió con picardía, luego, exclamó con entusiasmo:

—¡Vamos a pasear por la playa! —Se incorporó de un salto, corrió hasta el borde de la altísima roca y se lanzó hacia la arena... ¡Descendía lentamente, planeando como una gaviota!

Recordé que no debía sorprenderme demasiado por nada que viniese de aquel alegre niño de las estrellas. Bajé de la roca como pude, con gran cuidado.

—¿Cómo lo haces? —pregunté, refiriéndome a su increíble planeo.

—Sintiéndome como un ave —respondió, y se puso a correr alegremente por entre el mar y la arena, sin tener ningún motivo especial para hacerlo. Me hubiera gustado actuar como él, pero no podía.

—¡Sí puedes! —Otra vez me había captado el pensamiento. Vino a mi lado intentando animarme y dijo:

—¡Vamos a correr y a saltar como pájaros! —entonces me tomó de la mano y sentí una gran energía. Comenzamos a correr por la playa.

—¡Ahora... saltemos! —él lograba elevarse mucho más que yo y me impulsaba hacia arriba con su mano. Parecía suspenderse en el aire unos instantes. Continuábamos corriendo y cada cierto trecho saltábamos.

—¡Somos aves; somos aves! —me animaba, me embriagaba. Poco a poco fui dejando de pensar como de costumbre, fui cambiando, ya no era yo el de siempre. Animado por el niño extraterrestre fui decidiéndome a ser liviano como una pluma, estaba poco a poco aceptando ser un ave.

—¡Ahora... arriba! —realmente comenzábamos a mantenernos en el aire durante algunos instantes. Caíamos suavemente y continuábamos corriendo, para luego volver a elevarnos. Cada vez lo hacíamos mejor, eso me sorprendía...

—No te sorprendas... tú puedes... ¡ahora! —en cada intento era más fácil lograrlo. Íbamos corriendo y saltando como en cámara lenta por la orilla de la playa, bajo la noche llena de luna y de estrellas... Parecía otra forma de existir, otro mundo.

—¡Con amor por el vuelo! —me animaba. Un poco más adelante me soltó la mano.

—¡Tú puedes, sí puedes! —me miraba transmitiéndome confianza mientras corría a mi lado.

—¡Ahora! —nos elevábamos lentamente, nos manteníamos en el aire y comenzábamos a caer como si planeáramos, con los brazos extendidos.

—¡Bravo, bravo! —me felicitaba.

No sé cuanto tiempo jugamos esa noche. Para mí fue como un sueño. Cuando me sentí cansado, me lancé sobre la arena, jadeando y riendo feliz. Había sido algo fabuloso, una experiencia inolvidable.

No se lo dije, pero interiormente le di las gracias a mi extraño amiguito por haberme permitido realizar cosas que yo creía imposibles. No sabía aún todas las sorpresas que me aguardaban aquella noche.

Las luces de un balneario brillaban al otro lado de la bahía. Mi amigo contemplaba con deleite los movedizos reflejos sobre las aguas nocturnas, extasiado, tendido sobre la arena bañada por la claridad lunar, luego se regocijaba mirando la luna llena.

—¡Qué maravilla... no se cae! —reía—. ¡Este planeta tuyo es muy hermoso!

Yo nunca había pensado que lo fuera, pero ahora que él lo decía... sí, era hermoso tener

estrellas, mar, playa y una luna tan bonita allí suspendida... y además, no se caía.

—¿Tu planeta no es bonito? —pregunté. Suspiró profundamente mirando hacia un punto del cielo, a nuestra derecha.

—Oh, sí, también lo es, pero todos nosotros lo sabemos... y lo cuidamos...

Recordé que me había insinuado que los terrícolas no somos demasiado buenos. Creí comprender una de las razones: nosotros no valoramos nuestro planeta, ni lo cuidamos; ellos sí lo hacen con el suyo.

—¿Cómo te llamas? —Le hizo gracia mi pregunta.

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué... es un secreto?

—¡Qué va; nada es secreto! es sólo que no existen en tu idioma esos sonidos.

—¿Cuáles sonidos?

—Los de mi nombre. —Eso me sorprendió, porque yo había pensado que hablaba mi idioma, aunque con otro acento.

—¿Cómo aprendiste entonces a hablar en mi lengua?

—No la hablo ni la comprendo... a menos que tenga esto —respondió divertido mientras tomaba un aparato de su cinturón.

—Esto es un «traductor» ...entre otras cosas. Esta cajita explora tu cerebro a la velocidad de la luz y me transmite lo que quieres decir, así puedo comprenderte, y cuando voy a decir algo, me hace mover los labios y la lengua como lo harías tú... bueno... casi como tú. Nada es perfecto... Guardó el «traductor» y se puso a contemplar el mar, mientras se tomaba las rodillas, sentado en la arena.

—¿Cómo puedo llamarte entonces? —le pregunté.

—Puedes llamarme «Amigo», porque eso es lo que soy: un amigo de todos.

—Te llamaré «Ami». Es más corto y parece nombre. —Le gustó su nuevo apodo.

—¡Es perfecto, Pedrito! —nos dimos la mano. Yo sentí que sellaba una nueva y gran amistad. Así iba a ser...

—¿Cómo se llama tu planeta?

—¡PUF!... tampoco. No hay equivalencia de sonidos, pero está por allí —apuntó sonriendo hacia unas estrellas.

Mientras Ami observaba el cielo, yo me puse a pensar en las películas de invasores extraterrestres que había visto tantas veces en la televisión.

—¿Cuándo nos van a invadir? —Mi pregunta le hizo mucha gracia.

—¿Por qué piensas que vamos a invadir la Tierra?

—No sé... en las películas todos los extraterrestres invaden la Tierra... ¿o no todos? —Esta vez su risa fue tan alegre que me contagió. Después traté de justificarme—... Es que en la tele...

—¡Claro, la televisión!... ¡Veamos una de invasores! —dijo entusiasmado, mientras de la hebilla de su cinturón extraía otro aparato. Apretó un botón y apareció una pantalla encendida. Era un pequeño televisor en colores, sumamente nítido. Cambiaba de canales con rapidez. Lo sorprendente era que a esa zona llegaban sólo dos estaciones, pero en el aparato iban apareciendo

una multitud: películas, programas en vivo, noticieros, comerciales, todo en diferentes idiomas y por personas de distintas nacionalidades.

—Las de invasores son cómicas —decía Ami divertido.

—¿Cuántos canales puedes sintonizar allí?

—Todos los que están transmitiendo en este momento en tu planeta... Esto recibe las señales que captan nuestros satélites y las amplifica ¡Aquí hay una, en Australia, mira!

Aparecían unos seres con cabezas de pulpo y muchos ojos saltones surcados de venitas rojas. Disparaban rayos verdes contra una multitud de aterrorizados seres humanos. Mi amigo parecía divertirse con ese film.

—¡Qué barbaridad! ¿No te parece cómico, Pedrito?

—No, ¿porqué?

—Porque esos monstruos no existen más que en las monstruosas imaginaciones de quienes inventan esas películas...

No me convenció. Yo había pasado varios años viendo todo tipo de seres espaciales perversos y espantosos como para que pudiera borrarlos de un plumazo.

—Pero si aquí mismo en la Tierra hay iguanas, cocodrilos, pulpos... ¿por qué no van a existir en otros mundos?

—Ah, eso. Sí los hay, pero no construyen pistolas de rayos, son como los de aquí: animales. No son inteligentes.

—Pero tal vez existan mundos con seres inteligentes y malvados...

—¡«Inteligentes y malvados»! —Ami reía a todo pulmón—. Eso es como decir buenos-malos.

Yo no podía comprender. ¿Y esos científicos locos y perversos que inventan armas para destruir el mundo, contra los que Batman y Superman luchan? Ami captó mi pensamiento y explicó riendo:

—Esos no son inteligentes; son locos.

—Bueno, entonces es posible que exista un mundo de científicos locos que podrían destruirnos...

—Aparte de los de la Tierra, imposible...

—¿Por qué?

—Porque si son locos, se destruyen ellos mismos primero. No alcanzan a obtener el nivel científico necesario como para lograr abandonar sus planetas y partir a invadir otros mundos. Es más fácil construir bombas que naves intergalácticas, y si una civilización no tiene bondad y consigue un alto nivel científico, más tarde o más temprano utilizará su poder destructivo contra sí misma, mucho antes de poder partir a otros mundos.

—Pero en algún planeta podrían sobrevivir, por casualidad...

—¿Casualidad? En mi idioma no existe esa palabra. ¿Qué significa casualidad?

Tuve que poner varios ejemplos para que comprendiera. Cuando lo conseguí, le hizo gracia. Dijo que todo está relacionado, pero que nosotros no comprendemos la ley que enlaza todas las cosas, o que no la queremos ver.

—Es que sison tantos los millones de mundos, como tú dices, podrían sobrevivir algunos

malvados sin destruirse. —Yo seguía pensando en la posibilidad de invasores.

Ami intentó hacerme comprender:

—Imagina que muchas personas tienen que tomar una barra de hierro al rojo, una a una, con las manos desnudas. ¿Qué posibilidad hay de que alguna no se quemara?

—Ninguna; todas se queman —respondí.

—Asimismo, todos los malvados se autodestruyen si no logran superar su maldad. Nadie puede escapar a la ley que rige ese asunto.

—¿Cuál ley?

—Cuando el nivel científico de un mundo supera demasiado el nivel de amor, ese mundo se autodestruye. Hay una relación matemática.

—¿Nivel de amor? —Yo podía entender claramente lo que es el nivel científico de un planeta, pero no comprendía qué era el «nivel de amor».

—Lo más sencillo es para algunos, lo más difícil de comprender... El amor es una fuerza, una vibración, una energía cuyos efectos pueden ser medidos por nuestros instrumentos. Si el nivel de amor de un mundo es bajo, hay infelicidad colectiva, odio, violencia, división, guerras y... con un nivel peligrosamente alto de capacidad destructiva... ¿Me comprendes, Pedrito?

—En general, no. ¿Qué quieres decirme?

—DEBO decirte muchas cosas, pero vamos poco a poco. Empecemos por tus dudas.

Yo todavía no podía creer que no existieran monstruos invasores. Le conté una película en la que unos «extraterrestres lagartos» dominaban muchos planetas porque estaban muy bien organizados. El dijo:

—Sin amor no puede existir una organización duradera. En ese caso, se debe obligar, forzar. Al final, hay rebeldía, división y destrucción. Existe una sola forma universal perfecta de organización, capaz de garantizar la sobrevivencia, y se alcanza naturalmente cuando una civilización se acerca al amor, cuando evoluciona. Los mundos que la consiguen son evolucionados, civilizados, no hacen daño a nadie. Ninguna otra alternativa existe en todo el universo. Una inteligencia mayor que la nuestra inventó todo esto...

Yo seguía sin comprender una palabra, aunque después logró explicármelo mejor, por el momento, yo seguía con la duda acerca de los monstruos inteligentes y malvados.

—¿Demasiada televisión! —exclamó Ami, y luego agregó—: Los monstruos que imaginamos están dentro de nosotros mismos. Mientras no los abandonemos, no mereceremos alcanzar todas las maravillas del universo... Los malvados no son bonitos ni inteligentes.

—Pero... ¿y esas mujeres hermosas y malvadas que salen en las películas? O no son hermosas o no son malvadas... La inteligencia verdadera, la bondad y la belleza van de la mano; todo es consecuencia del mismo proceso evolutivo hacia el amor.

—¿Entonces quieres decirme que no hay gente mala en el universo, aparte de la de la Tierra?

—Claro que sí la hay. Existen mundos en los cuales tú no podrías sobrevivir ni media hora. Aquí mismo, en la Tierra, hace un millón de años... Hay mundos habitados por verdaderos monstruos humanos...

—¿Ves, ves? —exclamé triunfante— tú mismo lo reconoces, yo tenía razón; a esos monstruos

me refería...

—Pero no te preocupes; ellos están «abajo», no «arriba», habitan mundos más atrasados que éste; sus mentes no les permiten siquiera conocer la rueda, así que no van a llegar hasta aquí...

Eso era tranquilizador.

—Entonces, después de todo, no somos los terrícolas los más malos del universo...

—No; ¡Pero tú eres uno de los más tontos de la galaxia! —Reímos como buenos amigos. .

—¿Qué signo es ese que llevas en el pecho? —pregunté.

—Es el emblema de mi trabajo —respondió, mientras señalaba hacia lo alto—. ¿Sabes?, aquí «cerquita», en un planeta de Sirio, hay unas playas color violeta... son espléndidas. Si vieras lo que es un atardecer con esos dos soles gigantes...

—¿Viajas a la velocidad de la luz? —Mi pregunta le pareció cómica.

—Si viajara «tan lento» me habría hecho viejo antes de poder llegar hasta aquí.

—¿A qué velocidad viajas entonces?

—Nosotros en general no «viajamos»; más bien, nos «situamos», pero de un lado a otro de la galaxia demoraría... —tomó su calculadora del cinturón y sacó unas cuentas—. Según tus medidas de tiempo... mmmm... una hora y media, y de una galaxia a otra tardaría varias horas.

—¡Qué bárbaro! ¿Cómo lo consigues?

—¿Puedes explicar a un bebé por qué dos más dos son cuatro?

—No —respondí— ni yo mismo lo sé...

—Yo tampoco puedo explicarte cosas que tienen que ver con la contracción y curvatura del espacio-tiempo... ni hace falta... Fíjate cómo se deslizan esas pequeñas aves por la arena, parecen patinar... ¡qué maravilla!

Ami estaba contemplando unas aves que corrían en grupo por la playa, recogiendo algún alimento que las olas depositaban sobre la arena. Yo recordé que era tarde.

—Tengo que irme... mi abuelita...

—Todavía duerme.

—Estoy preocupado.

—¿Preocupado? Qué tontería.

—¿Por qué?

—«Pre» significa «antes de». Yo no me «pre-ocupo»; yo me «ocupo».

—No te entiendo, Ami.

—No vivas imaginando problemas que no han ocurrido ni van a ocurrir. Disfruta del presente. La vida es corta. Cuando aparezca un problema real, entonces ocúpate de él. ¿Te parecería bien que estuviésemos preocupados imaginando que podría venir una ola gigante y devorarnos? Sería tonto no disfrutar de este momento, de esta noche tan hermosa... observa esas aves que corren sin preocuparse... ¿Por qué perder este momento por algo que no existe?

—Pero mi abuelita sí existe...

—Sí, y no hay ningún problema al respecto... ¿Y este momento, no existe?

—Estoy preocupado...

—Ah, terrícola, terrícola... Está bien, veamos a tu abuelita.

Tomó su aparato televisor y comenzó a manipularlo. En la pantalla apareció el camino que lleva hacia mi casa. La «cámara» iba avanzando por entre los árboles y las rocas del sendero. Todo se veía en colores e iluminado como si fuese de día. Penetramos a través de una ventana de la casa, apareció mi abuelita durmiendo profundamente en su cama, hasta se escuchaba su respiración. ¡Aquel aparato era increíble!

—Duerme como un angelito —comentó Ami riendo.

—¿No es una película?

—No. Es «en vivo y en directo»... Vamos al comedor.

La «cámara» atravesó la pared del dormitorio y apareció el comedor. Allí estaba la mesa con su mantel de cuadros grandes, y en el lugar que yo ocupaba había un plato cubierto por otro, invertido.

—¡Eso se parece a mi «ovni»! —bromeó Ami—. Veamos qué te tienen para cenar —operó algo en el aparato y el plato superior se hizo transparente como vidrio. Apareció un trozo de carne asada, con papas fritas y ensalada de tomates.

—¡Bof! —exclamó Ami con asco— ¡cómo pueden comer cadáver!...

—¿Cadáver?

—Cadáver de vaca... vaca muerta. Un trozo de vaca muerta.

Así como él lo pintaba, me dio asco a mí también.

—¿Cómo funciona este aparato; dónde está la cámara? —le pregunté muy intrigado.

—No necesita cámara. Este artefacto enfoca, capta, filtra, selecciona, amplifica y proyecta... sencillo, ¿no? —Al parecer, se estaba burlando de mí.

—¿Por qué se ve de día, siendo de noche?

—Hay otras «luces» que tu ojo no puede ver; este aparato si las capta.

—¡Qué complicado!

—Nada de eso. Yo mismo hice este cachivache...

—¡Tú mismo!

—Es sumamente anticuado, pero le tengo cariño. Es un recuerdo, un trabajo de la escuela primaria...

—¡Ustedes son unos genios!

—Por supuesto que no. ¿Sabes multiplicar?

—Claro —respondí.

—Entonces tú eres un genio... para uno que no sabe multiplicar. Todo es cuestión de grados. Una radio a transistores es un milagro para un aborigen de las selvas.

—Tienes razón. ¿Crees tú que algún día podremos tener aquí en la Tierra inventos como el tuyo?

Se puso serio por vez primera. Me dirigió una mirada que denotaba cierta tristeza.

—No lo sé.

—¡Cómo que no lo sabes; tú lo sabes todo!

—No todo. El futuro no lo conoce nadie... afortunadamente.

—¿Por qué dices «afortunadamente»?

—Imagínate; la vida no tendría ningún sentido si se conociera el futuro. ¿Te gusta saber de antemano el final de la película que estás viendo?

—No. Eso me irrita respondí.

—¿Te gusta escuchar un chiste que ya conoces?

—Tampoco. Eso me aburre.

—¿Te gustaría saber qué regalo vas a recibir para tu cumpleaños?

—Eso menos todavía. —Me parecía ameno su modo de enseñar, con ejemplos.

—La vida perdería todo su sentido si se conociera el futuro. Uno puede solamente calcular posibilidades.

—¿Cómo es eso?

—Por ejemplo, calcular las posibilidades o probabilidades que tiene la Tierra de salvarse...

—¿Salvarse, salvarse de qué?

—¡Cómo de qué!... ¿No has escuchado hablar de la contaminación, las guerras, las bombas?

—¡Ah, sí! ¿Me quieres decir que aquí también estamos en peligro, como en los mundos de los malvados?

—Hay muchas posibilidades. La relación entre ciencia y amor está terriblemente inclinada hacia el lado de la ciencia; millones de civilizaciones como ésta se han autodestruido. Es un punto de cambio, peligroso...

Me asusté. Yo no había pensado seriamente en la posibilidad de una tercera guerra mundial o de una catástrofe. Me quedé largo rato meditando. De pronto se me ocurrió una idea maravillosa:

—¡Hagan algo ustedes!

—¿Algo como qué?

—No sé... bajar mil naves y decirles a los presidentes que no hagan la guerra... algo así. —

Ami sonrío.

—Si hiciéramos algo así, en primer lugar, habría miles de infartos cardiacos, por culpa justamente de esas películas de invasores, y nosotros no somos inhumanos, no podemos provocar algo semejante. En segundo lugar, si les dijéramos, por ejemplo: transformen sus armas en instrumentos de trabajo, pensarían que es un plan extraterrestre para debilitarlos y luego dominar el planeta. Tercero, supongamos que lleguen a comprender que somos inofensivos, de todos modos no soltarían las armas.

—¿Por qué?

—Porque tendrían temor de los otros países. ¿Quién va a desarmarse primero? Ninguno.

—Pero tienen que tener confianza...

—Los niños pueden tener confianza, los adultos no... y menos los presidentes, y con razón, porque algunos tienen ganas de dominar todo lo que puedan...

Yo estaba realmente intranquilo. Comencé a buscar una solución para evitar la guerra y la posible destrucción de la humanidad. Pensé que los extraterrestres podrían por la fuerza tomar el poder en la Tierra, destruir las bombas y obligarnos a vivir en paz. Se lo dije. Cuando terminó de reír, aseguró que yo no podía dejar de ser terrícola para pensar.

—¿Por qué?

—Por la fuerza, destruir, obligar, todo eso es terrícola, incivilizado, violencia. La libertad humana es algo sagrado, tanto la nuestra como la ajena. Obligar no existe en nuestros mundos; cada persona es valiosa y respetada. Por la fuerza y destruir es violencia, lo cual viene de «violar»; violar la Ley del universo...

—¿Entonces ustedes no hacen la guerra? —todavía no terminaba de hacer esa pregunta cuando me sentí estúpido por haberla hecho. Me miró con cariño y poniendo su mano sobre mi hombro, dijo:

—Nosotros no hacemos la guerra, porque creemos en Dios.

Me sorprendió mucho su respuesta. Yo también creía en Dios, pero últimamente estaba pensando que sólo los curas de mi colegio creían en El, y también la gente sin mucha cultura, porque tengo un tío que es físico nuclear de la universidad y dice que «a Dios lo mató la inteligencia».

—Tu tío es un tonto —aseguró Ami después de percibir mis pensamientos.

—No me parece; está considerado como uno de los hombres más inteligentes del país.

—Es un tonto —insistió Ami—. ¿Puede una manzana matar al manzano? ¿Puede una ola matar al mar?

—Yo había pensado que...

—Te equivocaste. Dios existe.

Me puse a pensar en Dios, un poco arrepentido por haber puesto en duda su existencia.

—¡Oye, sácale la barba y la túnica! —Ami reía, porque había visto mis imágenes mentales de Dios.

—Entonces... ¿no tiene barba; Dios se afeita? —Mi amigo espacial se regocijaba con mi confusión.

—Ese es un dios demasiado terrícola —comentó.

—¿Por qué?

—Porque tiene la apariencia de un terrícola.

¿Qué me estaba queriendo decir; que los extraterrestres no tienen apariencia humana?

—Pero ¿cómo...? Dijiste que los seres humanos de otros mundos no tienen forma extraña o monstruosa, además, tú mismo pareces terrícola...

Ami, sonriendo tomó una ramita y dibujó una figura humana sobre la arena.

—El modelo humano es universal: cabeza, tronco y extremidades, pero hay pequeñas variaciones en cada mundo: altura, color de la piel, forma de las orejas; pequeñas diferencias. Yo parezco terrestre porque la gente de mi planeta es igual a los niños de la Tierra, pero Dios no tiene la forma de un hombre. Ven, vamos a pasear.

Comenzamos a caminar por el sendero hacia el pueblo. Puso su brazo sobre mi hombro, sentí en él al hermano que nunca tuve. Unas aves nocturnas pasaron graznando a lo lejos. Ami pareció deleitarse con esos sonidos, aspiró el aire marino y dijo:

—Dios no tiene apariencia humana —su rostro brillaba en la noche al hablar del Creador— no tiene forma alguna, no es una persona como tú o yo. Es un Ser infinito, pura energía creadora... puro amor...

—¡Ah! —lo decía de una forma tan bella, que lograba emocionarme.

—Por eso, el universo es hermoso y bueno... Es maravilloso —agregó. Yo pensé en los habitantes de los mundos primitivos que él había mencionado, y también en la gente mala de este mismo planeta.

—¿Y los malos?

—Ellos llegarán a ser buenos algún día...

—Mejor hubieran nacido buenos desde el principio, así, no habría nada malo por ninguna parte.

—Si no se conociera lo malo, ¿cómo se podría disfrutar de lo bueno; cómo se podría valorar?

—preguntó Ami.

—No entiendo bien.

—¿No te parece maravilloso poder mirar, ver?

—No sé. Nunca lo había pensado... creo que sí.

—Si hubieras sido ciego de nacimiento y de pronto adquirieras la vista, entonces te parecería maravilloso poder ver...

—¡Ah, sí!

—Quienes han vivido existencias duras, violentas, cuando logran alcanzar una vida más humana la valoran como nadie... Si jamás fuese de noche, no podríamos disfrutar del amanecer...

Íbamos caminando por el sendero iluminado de luna y bordeado de árboles, pasamos por mi casa, entré silenciosamente a buscar un suéter y volví al lado de Ami. Continuamos caminando y conversando. El contemplaba todo mientras hablaba. Aún no aparecían las primeras calles del pueblo ni las luces del alumbrado público.

—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? —me preguntó de improviso.

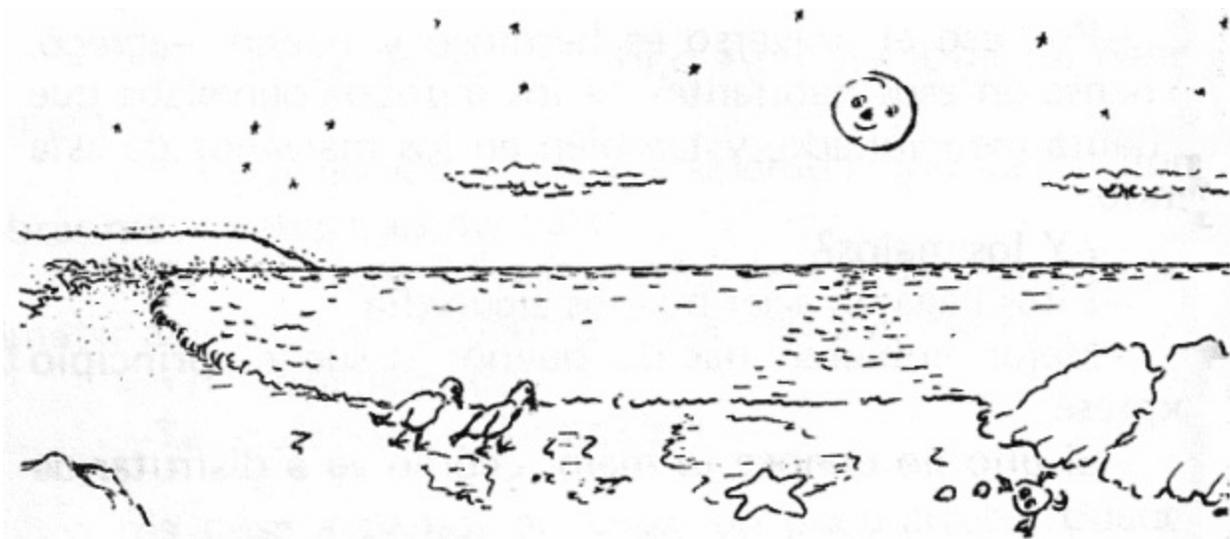
—No... ¿qué?

—Estás caminando, puedes caminar...

—Ah, sí; claro... ¿y eso qué tiene de extraordinario?

—Hay quienes han sido inválidos, y luego de meses o años de ejercicios logran volver a caminar, para ellos sí que es extraordinario poder hacerlo, y lo agradecen, lo disfrutan; en cambio, tú caminas sin darte cuenta, sin encontrar nada especial al hacerlo...

—Tienes razón, Ami. Tú me dices muchas cosas nuevas...



Llegamos a la primera calle iluminada por el alumbrado público. Serían las once de la noche. Me parecía una aventura transitar sin mi abuelita tan tarde por el pueblo, pero me sentía protegido al lado de Ami. Mientras caminábamos, él se detenía a mirar la luna entre las hojas de los eucaliptus, a veces, me decía que escuchásemos el croar de las ranas, el canto de los grillos nocturnos, el rumor lejano del oleaje. Se detenía a aspirar el aroma de los pinos, de las cortezas de árbol, de la tierra, a observar una casa que le parecía bonita, una calle o un rinconcito en una esquina.

—Mira qué hermosos esos farolitos... como para pintarlos... Fíjate cómo cae la luz sobre esa enredadera... y esas antenitas recortadas contra las estrellas... La vida no tiene otro propósito que el de disfrutar sanamente de ella, Pedrito. Procura poner atención a todo lo que la vida te brinda... La maravilla se encuentra a cada instante... Intenta sentir, percibir, en lugar de pensar. El sentido profundo de la vida se encuentra más allá del pensamiento... ¿Sabes, Pedrito? la vida es un cuento de hadas hecho realidad... es un don hermoso que Dios te brinda... porque Dios te ama...

Sus palabras me hacían ver las cosas desde un nuevo punto de vista. Me parecía increíble que ese mundo fuese el habitual, el de todos los días, al cual yo jamás prestaba atención... Ahora me daba cuenta de que vivía en el Paraíso, sin haberlo notado antes...

Caminando llegamos a la plaza del balneario. Unos jóvenes estaban en la puerta de una discoteca, otros conversaban en el centro de la plaza. El lugar estaba tranquilo, especialmente ahora que la temporada llegaba a su fin.

Nadie se fijaba en nosotros, a pesar del traje de Ami; tal vez pensaban que se trataba de un disfraz inocente...

Imaginé qué pasaría si supieran la clase de niño que paseaba por aquella plaza; nos rodearían, vendrían los periodistas y la televisión...

—No, gracias —dijo Ami leyéndome la mente—. No quiero que me crucifiquen...

No comprendí qué quiso decir.

—En primer lugar, no lo creerían; pero si al fin lo hicieran, me detendrían por haber ingresado «ilegalmente». Luego pensarían que soy espía y me torturarían para obtener información... Después, los médicos querrían echar un vistazo al interior de mi cuerpecito... —Ami reía

mientras relataba posibilidades tan negras.

Nos sentamos en un banco, en un lugar algo retirado. Yo pensé que los extraterrestres deberían ir mostrándose poco a poco, para que la gente se fuera habituando a ellos, y luego un día presentarse abiertamente.

—Algo parecido estamos haciendo, pero mostrarnos abiertamente... Ya te di tres razones por las cuales es inútil hacerlo. Ahora te daré una más, la principal está prohibido por las leyes.

—¿Por cuáles leyes?

—Las leyes universales. En tu mundo hay leyes, ¿verdad? En los mundos civilizados también hay normas generales que todos deben respetar, una de ellas es no interferir en el desarrollo evolutivo de los mundos incivilizados.

—¿Incivilizados?

—Llamamos incivilizados a los mundos que no cumplen los tres requisitos básicos...

—¿Cuáles son?

—Los tres requisitos que debe cumplir un mundo para que se considere civilizado son: primero, conocer la Ley fundamental del universo; una vez que se conoce y se practica esta Ley, es muy fácil cumplir los otros dos. Segundo, constituir una unidad, deben tener un solo Gobierno Mundial. Tercero, deben organizarse de acuerdo a la Ley fundamental del universo.

—No entiendo mucho. ¿Cuál es esa ley del fundamento... de qué?

—¿Ves?, no la conoces —se burlaba de mí—, no eres civilizado.

—Pero yo soy un niño... Creo que los adultos sí la conocen, los científicos, los presidentes...

—Ami rió con muchas ganas.

—¡Adultos... científicos... presidentes! Esos menos que nadie, salvo alguna rara excepción.

—¿Cuál es esa ley?

—Te la diré más adelante.

—¿En serio? —me entusiasmé al pensar que conocería algo que casi todos ignoran.

—Si te portas bien —bromeó. Comencé a meditar en esa prohibición de intervenir en los planetas incivilizados.

—¡Entonces tú estás violando esa ley...! —expresé con sorpresa.

—¡Bravo! No pasaste por alto ese detalle.

—Claro que no. Primero dices que está prohibido intervenir; sin embargo, tú estás hablando conmigo...

—Esto no es intervenir en el desarrollo evolutivo de la Tierra. Mostrarse abiertamente, comunicarse masivamente sí lo sería. Esto es parte de un «plan de ayuda».

—Explica mejor, por favor.

—Es un tema complejo. No te puedo explicar todo, porque no entenderías, tal vez más adelante lo haga; por ahora sólo te diré que el «plan de ayuda» es una especie de «medicina», que debemos ir administrando en forma dosificada, suave, sutilmente... muy sutilmente...

—¿Cuál es esa medicina?

—Información.

—¿Información; qué información?

—Bueno, después de la bomba atómica comenzaron los avistamientos de nuestras naves. Eso lo hicimos para que vayan teniendo evidencias de que no son los únicos seres inteligentes del universo, eso es información. Luego hemos aumentado la frecuencia de esos avistamientos, eso es más información. Después iremos dejando que nos filmen. Al mismo tiempo, establecemos pequeños contactos con algunas personas, como tú, y también enviamos «mensajes» en frecuencias mentales. Esos «mensajes» están en el aire, como las ondas de radio, llegan a todas las personas; algunas tienen «receptores» adecuados para captarlas, otras no. Quienes las reciben pueden creer que se trata de sus propias ideas; otros, que se trata de inspiración divina; todavía otros, que son enviados por nosotros. Algunos expresan esos «mensajes» bastante distorsionados por sus propias ideas o creencias; pero hay quienes los expresan casi puros.

—¿Y después, van a aparecer ante todo el mundo?

—Si es que no se autodestruyen, y siempre que se cumplan los tres requisitos básicos. No puede ser antes.

—Me parece egoísmo que no intervengan para evitar la destrucción —le dije, un poco molesto.

Ami sonrió y miró hacia las estrellas.

—Nuestro respeto por la libertad ajena implica dejarles alcanzar el destino que merezcan. La evolución es algo muy delicado, no se puede intervenir, sólo podemos «sugerir» cosas, muy sutilmente, y a través de personas «especiales», como tú...

—¿Cómo yo; qué tengo yo de especial?

—Tal vez más adelante te lo diga, por el momento sólo debes saber que tienes cierta «condición», y no necesariamente «cualidad»... Yo debo irme pronto, Pedrito. ¿Te gustaría volver a verme?

—Claro que sí, he llegado a estimarte en este corto tiempo.

—Yo también a ti, pero si quieres que vuelva, debes escribir un libro relatando lo que viviste junto a mí; para eso he venido, es parte del «plan de ayuda...».

—¡Yo escribir un libro; pero si no sé escribir libros!

—Hazlo como si fuese un cuento infantil, una fantasía... si no, te creerán mentiroso o loco; además, debes dirigirlo a los niños. Pídele ayuda a ese primo tuyo aficionado a escribir. Tú relatas y él toma nota. —Al parecer, Ami sabía más de mí que yo mismo...

—Ese libro será también información. Más de lo que hacemos, no nos está permitido. ¿Te gusta que no exista la menor posibilidad de que una civilización avanzada de malvados venga a invadir la Tierra?

—¿Ves? Pero si ustedes no dejan de lado su maldad y nosotros les ayudamos a sobrevivir, pronto estarían intentando dominar, explotar y conquistar otras civilizaciones del espacio... pero el universo civilizado es un lugar de paz y de amor, de confraternidad. Además, hay otro tipo de energías muy poderosas. La energía atómica al lado de ellas es como un fósforo al lado del sol... No podemos correr el riesgo de que una especie violenta llegue a poseer esa energía y a poner en peligro la paz de los mundos evolucionados, y menos, que llegue a producir un descalabro cósmico...

—Estoy muy intranquilo, Ami.

—¿Por el peligro de descalabro cósmico?

—No. Porque creo que ya es demasiado tarde...

—¿Tarde para salvar a la humanidad, Pedrito?

—No. Para acostarme. —Ami se desternillaba de la risa.

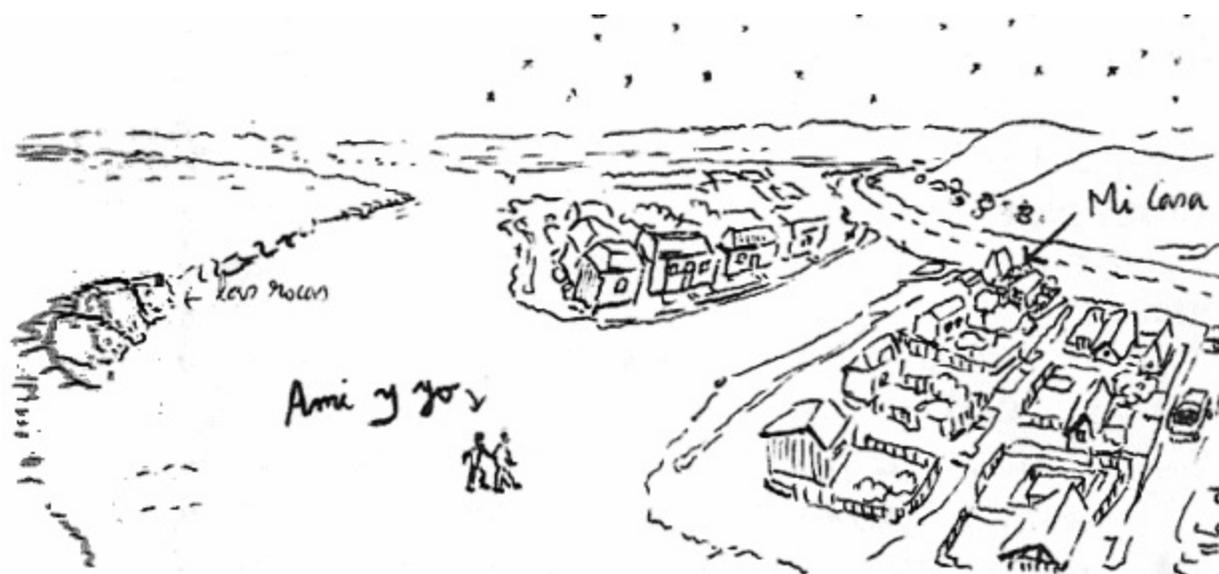
—Tranquilo, Pedrito. Vamos a ver a tu abuelita.

Tomó el pequeño televisor de la hebilla de su cinturón. Apareció mi abuelita durmiendo con la boca entreabierta.

—Disfruta realmente del sueño —bromeó.

—Estoy cansado. Quisiera dormir yo también.

—Bueno, vamos.



Caminábamos hacia mi casa cuando enfrentamos un vehículo policial. Los agentes vieron a dos niños solos a esas horas de la noche, detuvieron el automóvil, bajaron y se dirigieron hacia nosotros. Me dio mucho miedo.

—¿Qué hacen ustedes a esta hora por aquí?

—Caminar... disfrutar de la vida —contestó muy tranquilo Ami—. ¿Y ustedes? ¿Trabajando? ¿Cazando malandrines? —y rió como de costumbre.

Yo me asusté aun más de lo que estaba, al ver la confianza que Ami se estaba tomando frente a los policías; sin embargo, a ellos les hizo gracia la actitud de mi amigo, rieron con él. Intenté reír yo también, pero debido a mis nervios no pude hacerlo.

—¿De dónde sacaste ese traje?

—De mi planeta —respondió con desplante total.

—Ah, eres un marciano.

—Marciano, justamente, no, pero soy extraterrestre. —Ami respondía con alegría y despreocupación, en cambio mi inquietud aumentaba.

—¿Y dónde está tu «ovni»? —preguntó uno de ellos observando a Ami con cierto aire paternal. Creía que se trataba de un juego infantil; sin embargo, él sólo decía toda la verdad.

—Lo tengo estacionado en la playa, bajo el mar. ¿Verdad, Pedrito? —Yo no sabía qué hacer. Procuré sonreír y sólo me salió una mueca bastante idiota, no me atrevía a decir la verdad.

—¿Y no tienes pistola de rayos? —Los uniformados disfrutaban del diálogo, Ami también, pero yo estaba cada vez más confundido y preocupado.

—No necesito. Nosotros no atacamos a nadie. Somos buenos.

—¿Y si te sale un malo con un revólver como éste? —le mostró el arma fingiendo verse amenazante.

—Si me va a atacar, lo paralizó con mi fuerza mental.

—¿A ver? Parálizanos a nosotros.

—Encantado. El efecto les durará diez minutos.

Los tres reían muy divertidos. De pronto, Ami se quedó quieto, se puso serio y los miró fijamente. Con una voz muy extraña y autoritaria les ordenó:

—Quédense inmóviles durante diez minutos. No pueden, no pueden moverse... ¡Ya! —Y se quedaron paralizados con una sonrisa, en la posición que estaban.

—¿Ves, Pedrito? Así hay que decir la verdad, como si fuera un juego o una fantasía —me explicó, mientras les tocaba la nariz o les jalaba suavemente los bigotes a los policías, petrificados con una sonrisa que comenzó a parecerme trágica, debido a las circunstancias. Todo aumentaba mi temor.

—¡Huyamos, alejémonos de aquí, pueden despertar! —expresé, tratando de no hablar muy fuerte.

—No te preocupes, todavía falta mucho para que se cumplan los diez minutos —dijo, y comenzó a moverles las gorras—. Yo sólo quería estar muy lejos de allí.

—¡Vamos, vamos!

—Ya estás pre-ocupado otra vez, en lugar de disfrutar del momento... bien, vamos —dijo resignado. Se acercó a los sonrientes policías y con la misma voz anterior les ordenó:

—Cuando despierten, habrán olvidado para siempre a estos dos niños.

Al llegar a la primera esquina doblamos hacia la playa y nos alejamos del lugar. Me sentí más tranquilo.

—¿Cómo hiciste eso?

—Hipnosis, cualquiera puede.

—Me parece que no todas las personas son hipnotizables. Pudo haberte tocado una de ellas.

—Todas las personas son hipnotizables —dijo Ami—, además, todas están hipnotizadas...

—¿Qué quieres decir?... Yo no estoy hipnotizado... estoy despierto. —Ami se rió bastante de mi afirmación.

—¿Recuerdas cuando veníamos por el sendero?

—Sí, lo recuerdo.

—Allí todo te pareció diferente, todo te resultó hermoso, ¿verdad?

—Ah, sí... parece que ahí sí que venía hipnotizado... ¡Tal vez tú me hipnotizaste!

—¡Estabas despierto! ahora estás dormido, creyendo que la vida no tiene ninguna maravilla,

que todo es peligroso. Estás hipnotizado, no escuchas el mar, no percibes los aromas de la noche, no tomas conciencia de tu caminar ni de tu vista, no disfrutas de tu respiración. Estás hipnotizado con hipnosis negativa, estás como esa gente que cree que la guerra tiene algún sentido «glorioso», como los que suponen que quienes no comparten sus hipnosis son sus enemigos, como quienes piensan que lo que se lleva puesto por fuera le otorga algún valor a la persona; todo eso es hipnosis, todos están hipnotizados, dormidos. Cada vez que alguien comienza a sentir que la vida o un momento es hermoso, entonces está comenzando a despertar. Una persona despierta sabe que la vida es un paraíso maravilloso y lo disfruta de instante en instante... pero no pidamos tanto en un mundo incivilizado... Pensar que algunos se suicidan... ¿te das cuenta qué barbaridad? ¡Se suicidan!

—Visto así, como lo dices, tienes razón... ¿Cómo fue que esos policías no se molestaron con tus bromas?

—Porque les toqué el lado bueno, el lado infantil.

—¡Pero ellos son policías! —Me miró como si acabara de decir una estupidez.

—Mira, Pedrito, toda la gente tiene un lado bueno, un lado infantil. Casi nadie es totalmente malo. Si quieres, vamos a una cárcel y buscamos al peor criminal...

—No, muchas gracias...

—En general, la gente es más buena que mala, incluso en este planeta. Todos creen estar haciendo un bien con lo que hacen. Algunos se equivocan, pero no es maldad, es error. Es cierto que cuando se duermen se ponen serios y hasta peligrosos, pero si les llegas por el lado bueno, te devuelven lo bueno de ellos; si les llegas por el lado malo, te devuelven lo malo; sin embargo, a todos les gusta en algún momento jugar.

—¿Entonces por qué en este mundo hay más infelicidad que felicidad?

—No son las personas las malas, sino los viejos sistemas que usan para organizarse. La gente ha evolucionado, los sistemas han quedado atrasados. Malos sistemas hacen sufrir a las personas, las van volviendo infelices, y al final las llevan a cometer errores. Pero un buen sistema de organización mundial es capaz de transformar a los malos en buenos.

Yo no comprendí mucho de sus explicaciones.

—Ya llegamos a tu casa. ¿Te vas a dormir?

—Estoy realmente agotado, no doy más. ¿Y tú, qué vas a hacer?

—Volveré a la nave. Iré a dar una vuelta por las estrellas... Quería invitarte, pero si estás tan cansado...

—¡Ahora ya no!... ¿En serio?... ¿me llevarías a dar una vuelta en tu «ovni»?

—Claro, ¿pero tu abuelita?...

Ante una posibilidad tan extraordinaria como la de pasear en un «platillo volador» se me fue todo el cansancio, estaba fresco y lleno de vitalidad, se me ocurrió inmediatamente la forma de salir sin que me echasen de menos.

—Me serviré la cena, dejaré el plato vacío sobre la mesa, luego pondré mi almohada bajo la

ropa de cama, para que si mi abuelita se levanta crea que estoy durmiendo en casa, dejaré esta ropa por ahí y me pondré otra. Lo haré con mucho cuidado y en silencio. No temas nada.

—Perfecto, estaremos de vuelta antes de que ella despierte.

Hice todo de acuerdo a lo calculado, pero cuando quise comer la carne, me dio asco y no pude hacerlo. Unos minutos más tarde caminábamos hacia la playa.

—¿Cómo subiré a tu nave?

—Entraré nadando al agua, luego traeré el vehículo hasta la playa.

—¿No te dará frío meterte en el mar?

—No. Este traje resiste mucho más frío y calor de lo que imaginas... Bien, voy a buscar la nave. Tú, espérame aquí y cuando aparezca no te asustes.

—Oh, no; ya no les temo a los extraterrestres. —Me hizo gracia su recomendación innecesaria...

Ami avanzó hacia las suaves olas, se internó en el mar y comenzó a nadar. Un poco más allá desapareció del alcance de mi vista, en la oscuridad, pues la luna se había ocultado tras unas nubes más bien tenebrosas... Tuve tiempo para pensara solas por primera vez desde la aparición de Ami... ¿Ami?... ¡Un extraterrestre!... ¿Era verdad o había sido un sueño?

Esperé largo rato y comencé a inquietarme. No me sentí muy seguro... yo solo ahí, en una oscura playa terriblemente solitaria... Iba a enfrentarme a una nave extraterrestre... La imaginación me hacía ver sombras extrañas y movedizas entre las rocas, en la arena, emergiendo de las aguas. ¿Y si Ami fuera un ser perverso disfrazado de niño, hablando de bondad para obtener mi confianza...? ¡No! no podía ser... ¿Raptado por una nave extraterrestre?

En esos momentos apareció ante mis ojos un espectáculo terrorífico: debajo del agua un resplandor amarillo verdoso comenzaba a ascender lentamente, luego asomó una cúpula que giraba, con luces de muchos colores... ¡Era verdad! ¡Yo estaba contemplando una nave de otro mundo! Después apareció el cuerpo del vehículo espacial, ovalado, con ventanillas iluminadas. Emitía una luz entre plateada y verde. Fue una visión que no me esperaba, sentí verdadero terror. Una cosa es hablar con un niño... ¿niño?... con cara de bueno... ¿máscara?... y otra cosa es estar parado solo, en una playa, en la oscuridad de la noche y ver aparecer una nave de otro mundo... un «ovni» que viene a buscarlo a uno, a llevárselo lejos... Olvidé al «niño» y todo lo que me había dicho. Para mí aquello se transformó en una maquinaria infernal, venida quién sabe de qué sombrío mundo del espacio, llena de seres monstruosos y crueles que venían a raptarme. Me pareció de un tamaño mucho mayor que el del objeto que yo había visto caer al agua horas antes.

Comenzó a acercarse a mí, flotando a unos tres metros por sobre las aguas. No emitía ningún sonido, el silencio era espantoso, y se acercaba, se acercaba irremediabilmente. Quise salir huyendo. Hubiera deseado no haber conocido jamás a ningún extraterrestre, quería volver el tiempo atrás, estar durmiendo y tranquilo cerca de mi abuelita, a salvo, en mi camita, ser un niño normal y vivir una vida normal. Eso era una pesadilla; no podía correr, no podía dejar de mirar a ese monstruo luminoso que venía a llevarme... tal vez a un zoológico espacial... Cuando estuvo sobre mi cabeza, me sentí perdido. Apareció una luz amarilla en el vientre de la nave, luego un reflector me encandiló y supe que ya estaba muerto. Encomendé mi alma a Dios y decidí

abandonarme a su Altísima Voluntad... Sentí que me subían, que yo iba en una especie de ascensor, pero mis pies no estaban apoyados sobre cosa alguna. Esperé ver aparecer aquellos seres con cabeza de pulpo y ojos sanguinarios y sanguinolentos... De repente, mis pies se posaron sobre una superficie mullida y me vi parado en un recinto luminoso y agradable, alfombrado y con paredes tapizadas. Ami estaba frente a mí, sonriendo con sus grandes ojos de niño bueno. Su mirada logró calmarme, volviéndome a la realidad, a esa realidad hermosa que él me había enseñado a conocer. Puso una mano sobre mi hombro.

—Calma, calma; no hay nada malo. —Cuando pude hablar sonreí y le dije:

—Me dio mucho miedo.

—Es tu imaginación desbocada. La imaginación sin control puede matar de terror, es capaz de inventar un demonio donde sólo hay un buen amigo, pero sólo se trata de nuestros monstruos internos, porque la realidad es sencilla y hermosa, es simple...

—Entonces... ¿estoy en un «ovni»?

—Bueno, «ovni» es un objeto volador no identificado. Esto está plenamente identificado: es una nave espacial; pero podemos llamarle «ovni» si quieres, y a mí puedes decirme «marciano».

—Se me fue completamente la tensión cuando reímos.

—Ven, ven a la sala de mandos —me invitó.

Por una puerta pequeñísima y en arco pasamos a otro recinto, tan bajo de techo como el que abandonábamos. Ante mí apareció una sala semicircular rodeada de ventanas ovaladas. En el centro había tres sillones reclinables frente a unos controles, y varias pantallas casi recostadas sobre el piso. ¡Aquello era como para niños! tanto los sillones como la altura del salón. Allí no hubiera cabido de ningún modo un adulto... Yo podía tocar el techo levantando el brazo.

—¡Esto es fabuloso! —exclamé entusiasmado. Me acerqué a las ventanas mientras Ami se acomodaba en el sillón central, frente a los controles. Tras los vidrios pude ver a lo lejos el resplandor de las luces del balneario. Sentí una leve vibración en el piso y el pueblo desapareció. Ahora sólo veía estrellas...

—Oye, ¡¿qué hiciste con el balneario?!

—Mira hacia abajo —respondió Ami.

Casi me desmayo: estábamos a miles de metros de altura sobre la bahía. Se veían todos los pueblos costeros de la zona, el mío se encontraba allá abajo, muy abajo. ¡Habíamos ascendido kilómetros en un instante y yo no tuve ninguna sensación de movimiento!

—¡Súper, súper bueno! —Mi entusiasmo crecía, pero pronto la altura me produjo vértigos.

—Ami...

—Dime.

—... ¿Esto no se cae?

—Bueno, si a bordo hubiera una persona que ha dicho mentiras, entonces los mecanismos podrían fallar...

—¡Bajemos entonces, bajemos! —Por sus carcajadas supe que bromeaba.

—¿Nos ven desde abajo?

—Cuando esta luz se enciende —señaló un óvalo sobre el tablero de comandos— quiere decir

que somos visibles. Cuando está apagada, como ahora, somos invisibles.

—¿Invisibles?

—Igual que este señor sentado a mi lado —indicó hacia un asiento vacío junto a él. Me alarmé, pero sus risas me hicieron comprender que se trataba de otra de sus bromas.

—¿Cómo haces para que no nos vean?

—Si una rueda de bicicleta está girando rápido, sus rayos no se ven. Nosotros hacemos que las moléculas de esta nave se muevan rápido... altas.

—Ingenioso, pero me gustaría que nos vieran desde abajo.

—No puedo hacerlo. La visibilidad o invisibilidad de nuestras naves, cuando están en los mundos incivilizados, se efectúa de acuerdo al «plan de ayuda». Eso lo decide un computador gigante situado en el centro de esta galaxia...

—No entiendo bien.

—Esta nave está conectada a ese «súper-computador» que decide cuándo podemos o no ser avistados.

—¿Y cómo sabe ese «computador» cuándo...?

—Ese «computador» lo sabe todo... ¿Quieres que vayamos a algún lugar en especial?

—¡A la capital! Me gustaría ver mi casa desde el aire...

—¡Vamos! —Ami movió unos controles y dijo «ya». Me preparé para disfrutar del viaje mirando por la ventana... ¡pero ya habíamos llegado!... ¡Cien kilómetros en una fracción de segundo! Yo estaba fascinado.

—¡Esto se pasó de rápido para viajar!

—Ya te dije que en general no «viajamos» sino que nos «situamos»... Es cosa de coordenadas, pero también podemos «viajar».

Miré las grandes avenidas iluminadas. Se veía increíble la ciudad, en la noche, desde el aire. Localicé mi barrio y le pedí que nos dirigiésemos hacia allá.

—Pero «viajando», lento, por favor. Quiero disfrutar del paseo.

La luz del tablero estaba apagada. Nadie nos veía.

Fuimos avanzando suave y silenciosamente por entre las estrellas del cielo y las luces de la ciudad.

Apareció mi casa. Fue extraordinario verla desde las alturas.

—¿Quieres comprobar si todo está bien allá adentro?

—¿Cómo?

—Vamos a mirar por esta pantalla.

Frente a él, en una especie de gran televisor, apareció la calle enfocada desde la altura; era el mismo sistema por el cual veíamos dormir a mi abuelita, pero con una gran diferencia: aquí la imagen se veía en relieve, con profundidad. Parecía que uno podía meter la mano por la pantalla y tocar las cosas. Intenté hacerlo, pero un vidrio invisible me lo impidió. Ami se divertía conmigo.

—Todos hacen lo mismo...

—¿Todos; quiénes son esos todos?

—No pensarás que eres el primer incivilizado que sale a pasear en una nave extraterrestre...

—Yo había pensado que sí —dije algo desilusionado.

—Pues te equivocas.

El foco de la cámara, o lo que fuese, pareció traspasar el techo de mi casa, recorriéndola por cada rincón. Todo estaba en orden.

—¿Por qué en tu televisor portátil no se ve en relieve, como en esta pantalla?

—Ya te lo dije, es un sistema anticuado...

Le pedí que diéramos una vuelta por la ciudad. Pasamos por sobre mi colegio. Vi el patio, la cancha de fútbol, los arcos, mi sala. Me imaginé contando más tarde la aventura a mis compañeros: «Yo vi el colegio desde una nave espacial»... Estaría orgulloso.

Fuimos pasando por toda la ciudad.

—Lástima que no sea de día —dije.

—¿Por qué?

—Me hubiera gustado pasear en tu nave también de día... ver ciudades, paisajes a la luz del sol...

Como de costumbre, Ami se estaba riendo de mí.

—¿Quieres que sea de día? —me preguntó.

—No creo que tus poderes sean suficientes como para mover el sol... ¿o sí?

—El sol no, pero a nosotros sí...

Accionó los controles y comenzamos a movernos tremendamente rápido, subimos la Cordillera de los Andes y la cruzamos en unos tres segundos, luego aparecieron varias ciudades que se veían como una manchita luminosa, debido a la gran altitud que habíamos alcanzado; inmediatamente después apareció el enorme Océano Atlántico, bañado de luna. También había numerosos bancos de nubes que limitaban mi visibilidad. El cielo se fue aclarando en el horizonte, viajábamos hacia el Este. Llegamos a tierra y, lo extraordinario: ¡el sol comenzó a subir rápidamente! Para mí aquello fue algo increíble. ¡Ami había movido el sol! En unos instantes se hizo de día.

—¿Por qué dijiste que no podías moverlo? —Ami se deleitaba observando mi ignorancia.

—El sol no se ha movido; nosotros nos hemos movido.

Comprendí mi error de inmediato, pero era justificable: Hay que ver lo que es contemplar el sol elevándose por sobre el horizonte a una velocidad impresionante...

—¿Sobre qué lugar estamos?

—África.

—¡África; pero si todavía no hace un minuto estábamos en América del Sur!

—Como querías viajar de día en esta nave, vinimos a un lugar en donde estuviese de día. «Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma va a la montaña»... ¿Qué país de África te gustaría visitar?

—Esteeee... la India.

Su risa me indicó que mis conocimientos geográficos no eran demasiado precisos...

—Vamos entonces a Asia, a la India... ¿A qué ciudad de la India quieres ir?

—... Me da lo mismo... elige tú...

—¿Te parece bien Bombay?

—Sí; fantástico, Ami.

Pasamos a gran velocidad y altitud por sobre el continente africano. Más tarde, en mi casa, junto a un mapa del mundo pude reconstruir aquel viaje. Llegamos al océano Índico, lo cruzamos mientras el sol ascendía y ascendía vertiginosamente. Pronto estuvimos sobre la India. La nave frenó de golpe y quedó inmóvil...

—¿Cómo es que no nos estrellamos contra las ventanas con esa frenada? —pregunté muy sorprendido.

—Es cosa de anular la inercia...

—Ah; qué sencillo...

Descendimos sobre la ciudad, hasta llegar a unos cien metros de altura e iniciamos el paseo sobre los cielos de Bombay.

Me parecía estar soñando o viendo una película. Hombres con turbantes blancos, casas muy diferentes a las de mi país. Me llamó la atención la enorme cantidad de gente en las calles. No era como en mi ciudad, allá, ni siquiera en el centro, a la hora de salida de las oficinas, uno puede ver esas multitudes, aquí estaban en todas partes. Para mí, aquello era otro mundo.

Nadie nos veía; la luz indicadora estaba apagada.

De pronto volví a «la realidad»:

—¡Mi abuelita!

—¿Qué pasa con tu abuelita?

—Ya es de día, se habrá levantado, estará preocupada por mi ausencia... ¡volvamos! —Para Ami, yo era un perpetuo motivo de risa.

—Pedrito, tu abuelita duerme profundamente. Allá son las doce de la noche en este momento, al otro lado del mundo; aquí son las diez de la mañana.

—¿De ayer o de hoy? —pregunté, enredado en el tiempo.

—¡De mañana! —respondió, muerto de risa—. No te inquietes. ¿A qué hora se levanta ella?

—Más o menos a las ocho y media.

—Entonces tenemos ocho horas y media por delante... sin contar con que podemos estiraaraa el tiempo...

—Estoy preocupado... ¿Por qué no vamos a ver?

—¿Qué quieres ver?

—Ella puede haber despertado...

—Veamos desde aquí mismo mejor.

Tomó los controles de una pantalla y apareció la costa sudamericana vista desde muy alto, luego la imagen mostró una caída en picada hacia la tierra a una velocidad fantástica. Pronto distinguí la bahía, el balneario, la casa de la playa, el techo y a mi abuelita. Era increíble, parecía estar allí; durmiendo con la boca entreabierta, en la misma posición anterior.

—No se puede decir que tiene mal dormir, ¿ah? —observó Ami con picardía, luego agregó—. Haremos algo para que te quedes tranquilo.

Tomó una especie de micrófono y me indicó que guardara silencio. Apretó un botón y dijo

«Psht». Mi abuelita escuchó aquello; despertó, se levantó y fue hacia el comedor. Pudimos escuchar sus pasos y su respiración. Vio mi plato semivacío sobre la mesa, lo tomó y lo dejó en la cocina; luego se dirigió a mi habitación, abrió la puerta, encendió la luz y miró hacia mi cama. Se veía perfecta, parecía que yo estaba allí, sin embargo, algo le llamó la atención, no supe qué fue, pero Ami sí lo supo. Tomó el micrófono y se puso a respirar cerca de él.

Mi abuelita escuchó esa respiración y creyó que era la mía, apagó la luz, cerró la puerta y se dirigió a su dormitorio.

—¿Tranquilo ahora?

—Sí, ahora sí... pero es como para no creerlo; ella durmiendo allá y nosotros de día aquí...

—Ustedes viven demasiado condicionados por las distancias y por el tiempo.

—No comprendo.

—¿Cómo te parecería salir de viaje hoy y regresar ayer?

—Quieres volverme loco. ¿No podríamos ir a visitar la China?

—Claro, ¿qué ciudad te gustaría conocer?

Esta vez no iba a quedar en vergüenza. Respondí con seguridad y orgullo: Tokio.

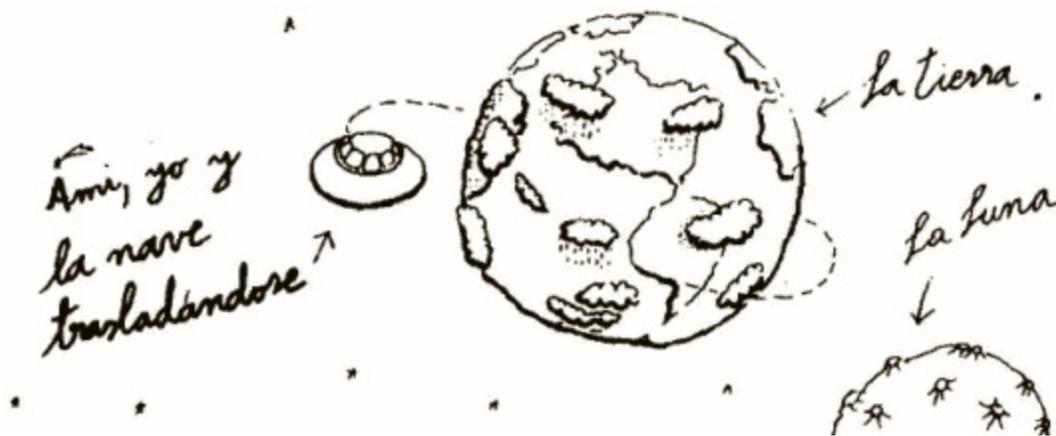
—Vamos entonces a Tokio... capital de Japón —dijo, intentando disimular las ganas de reír.

Pasamos por todo el territorio de la India, de Oeste a Este. Llegamos a los Himalayas, allí la nave se detuvo.

—Tenemos órdenes —dijo Ami. En una pantalla aparecieron signos extraños—. Vamos a dejar un testimonio. El «computador» gigante indica que debemos ser avistados por alguien en algún lugar.

—¡Qué entretenido!, ¿Dónde y por quién?

—No lo sé. Vamos a ser guiados por el computador... Ya llegamos.



Habíamos utilizado el sistema de traslado instantáneo. Estábamos sobre un bosque, detenidos en el aire a unos cincuenta metros de altura. La luz del tablero señalaba que éramos visibles. Había mucha nieve por allí.

—Esto es Alaska —dijo Ami reconociendo el lugar. El sol comenzaba a ocultarse en el mar cercano.

La nave comenzó a moverse en el cielo dibujando un inmenso triángulo con su trayectoria, a

medida que cambiaba de colores.

—¿Para qué hacemos esto?

—Para impresionar. Debemos llamar la atención de ese amigo que viene allá.

Ami observaba por la pantalla, yo lo busqué a través de los vidrios de la ventana y lo encontré. A lo lejos, entre los árboles, había un hombre con una casaca de piel color marrón, llevaba una escopeta, parecía muy asustado. Nos apuntó con su arma. Me agaché con temor, para evitar ser alcanzado por el posible disparo. Ami se divertía con mis inquietudes.

—No temas, este «ovni» es a prueba de balas... y de mucho más...

Nos elevamos y quedamos muy alto, siempre emitiendo destellos multicolores.

—Es necesario que ese hombre no olvide jamás esta visión.

Me pareció que, para que no hubiese olvidado nunca el espectáculo, bastaba con haber pasado por el aire, sin necesidad de asustarlo tanto. Se lo dije.

—Estás muy equivocado. Miles de personas han visto pasar nuestras naves, pero hoy ya no lo recuerdan. Si en el momento de avistarnos estaban muy pre-ocupadas con sus asuntos ordinarios, nos miraron casi sin vernos, luego, lo olvidaron. Tenemos estadísticas impresionantes al respecto.

—¿Por qué es necesario que ese hombre nos vea?

—No lo sé exactamente, tal vez su testimonio sea importante para alguna otra persona interesante, especial; o tal vez, él mismo lo sea. Voy a enfocarlo con el «sensómetro».

En otra de las pantallas apareció el hombre, pero se veía casi transparente. En el centro de su pecho brillaba una luz dorada muy hermosa.

—¿Qué es esa luz?

—Podríamos decir que es la cantidad de amor que hay en él, pero sería un poco inexacto; es más bien el efecto de la fuerza del amor sobre su alma. Es también su nivel de evolución. Tiene setecientas cincuenta medidas.

—¿Y eso qué significa?

—Que es interesante.

—¿Interesante por qué?

—Porque su nivel de evolución es bastante bueno... para ser un terrícola.

—¿Nivel de evolución?

—Su grado de cercanía con la bestia o con el «ángel». Mira —Ami enfocó un oso en la pantalla, también parecía transparente, pero la luz de su pecho brillaba mucho menos que la del hombre—. 200 medidas —precisó Ami.

Luego enfocó a un pez. Esta vez la luz era mínima.

—50 medidas. El promedio en los seres humanos de la tierra es de 550 medidas.

—¿Y tú, cuántas medidas tienes, Ami?

—Setecientas 760 medidas —respondió.

—¡Sólo 10 más que el cazador! —quedé sorprendido por la escasa diferencia entre un terrícola y él.

—Claro. Tenemos un nivel parecido.

—Pero se supone que tú debes ser mucho más evolucionado que los terrícolas.

—En la Tierra la gente varía entre las 320 y las 800 medidas.

—¡Más que tú algunos!

—Por supuesto. La ventaja mía consiste en que yo conozco ciertas cosas que ellos ignoran, pero aquí hay gente muy valiosa: maestros, artistas, enfermeras, bomberos...

—¡¿Bomberos?!

—¿No te parece noble arriesgar la vida por los demás?

—Tienes razón, pero mi tío, el físico nuclear, también debe ser muy valioso...

—Famoso tal vez... ¿A qué se dedica tu tío, dentro de la física?

—Está desarrollando una nueva arma, un rayo de ultrasonidos.

—Si no cree en Dios, y si además se dedica a la fabricación de armas... yo creo que tiene un nivel bastante bajo.

—¡¿Qué?! ¡Pero si es un sabio! —protesté.

—Otra vez confundiendo las cosas. Tu tío tiene mucha información, pero tener información no significa necesariamente ser inteligente, ni mucho menos, sabio. Un computador puede tener un banco impresionante de datos, pero no por eso es inteligente. ¿Te parece muy sabio un hombre que cava una fosa, ignorando que él mismo va a caer en ella?

—No, pero...

—Las armas se vuelven contra aquéllos que las apoyan...

No me pareció muy evidente esa afirmación de Ami, pero decidí creerle. ¿Quién era yo para dudar de su palabra? Sin embargo, quedé confundido... mi tío era mi héroe... un hombre tan inteligente...

—Tiene un buen computador en la cabeza, eso es todo. Aquí hay un problema de términos: en la Tierra llaman inteligentes o sabios a quienes tienen buena capacidad cerebral en uno solo de los cerebros, pero tenemos dos...

—¡Qué!

—Uno en la cabeza. Ese es el «computador», el único que ustedes conocen. El otro está en el pecho, no es visible, pero existe. Es el más importante, es esa luz que viste en la pantalla en el pecho del hombre. Para nosotros, inteligente o sabio es aquél que tiene ambos cerebros en armonía, pero eso quiere decir que el cerebro de la cabeza esté al servicio del cerebro del pecho, y no al revés, como en la mayoría de los «inteligentes».

—Es sorprendente todo eso, pero ahora entiendo mejor. ¿Qué pasa con quienes tienen más desarrollado el cerebro del pecho que el de la cabeza? —pregunté.

—Esos son los «tontos buenos». Son fáciles de engañar, es sencillo para los otros, los «inteligentes malos», como decías tú, ponerlos a hacer daño mientras creen que hacen bien... El desarrollo intelectual debe ir armonizado con el desarrollo emocional, sólo así se produce un verdadero inteligente o sabio, sólo así la luz puede crecer.

—¿Y yo, Ami, cuántas medidas tengo?

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué?

—Porque si tu nivel es alto, vas a envanecerte...

—¡Ah! Comprendo...

—Pero si es bajo... Te vas a sentir muuuy mal...

—Ah...

—El orgullo apaga la luz... es la semilla de la maldad.

—No entiendo.

—Que debemos intentar ser humildes... Mira, ya nos vamos.

—Instantáneamente habíamos vuelto a la cordillera, a los Himalayas, situados al otro lado del planeta.



Avanzábamos hacia un mar lejano, al que llegamos en segundos, lo cruzamos y aparecieron unas islas, bajamos sobre la ciudad de Tokio. Yo creí que iba a encontrar casas con techos con las puntas hacia arriba, pero lo que más abundaba eran rascacielos, avenidas modernas, parques, automóviles.

—Estamos siendo avistados —dijo Ami, señalando la luz del tablero encendida.

En la calle, la gente comenzaba a arremolinarse, nos indicaban con la mano. Nuevamente se encendieron las luces exteriores de variados colores. Estábamos bastante alto, permanecemos unos dos minutos allí.

—Otro avistamiento —dijo Ami, observando los signos que aparecían en la pantalla—. Vamos a ser trasladados.

Súbitamente, la luz del día se apagó: Sólo quedaron las estrellas centelleando tras los vidrios.

Abajo no se veía gran cosa, una pequeña ciudad muy lejana, unas pocas luces, un camino por el cual venía un automóvil.

Fui hacia la pantalla que estaba frente a Ami. Allí aparecía todo el panorama perfectamente iluminado. Lo que a simple vista no se distinguía, debido a la oscuridad, en el monitor era perfectamente claro; así noté que el automóvil tenía color verde y que en él venía una pareja.

Estábamos a unos veinte metros de altura, éramos visibles, según el tablero.

Decidí en lo sucesivo aprovechar esa pantalla. Era más nítida que la misma realidad.

Cuando el vehículo llegó a poca distancia de nosotros, se detuvo, estacionó junto al camino y sus ocupantes descendieron y comenzaron a gesticular y a gritar mientras nos miraban con ojos desenchajados.

—¿Qué dicen? —pregunté.

—Piden comunicación, contacto. Son una pareja de estudiosos de los «ovni», o más bien, «adoradores de extraterrestres».

—Comunícate entonces —le dije, preocupado por la inquietud de esas personas. Se arrodillaron y nos rezaban, o algo así.

—No puedo, tengo que obedecer las órdenes estrictas del «plan de ayuda». La comunicación no se produce cuando a cualquiera se le antoja, sino cuando desde «arriba» se decide, además, tampoco puedo hacerme cómplice de una idolatría.

—¿Qué es idolatría?

—Una violación a una ley universal —respondió Ami, bastante serio.

—¿En qué consiste? —pregunté intrigado.

—Nos consideran dioses.

—¿Y dónde está lo malo?

—Sólo a Dios se debe venerar, el resto es idolatría. Muy faltos de respeto seríamos nosotros al usurpar el lugar de Dios, ante la desviada religiosidad de estas personas. Si nos consideraran como hermanos, sería otra cosa.

Me pareció entonces que Ami, debía sacar de su error a esa pareja.

—Pedrito —contestó él a mis pensamientos—, en los mundos incivilizados del universo se cometen cosas que nos parecen terribles. En este preciso instante, a muchas personas las están quemando vivas porque algunos piensan que ellas son «herejes», eso está ocurriendo en muchos planetas, como sucedió aquí en la Tierra, hace cientos de años. En este mismo momento, bajo el mar, los peces se comen vivos unos a otros. Este planeta no es muy evolucionado. Así como las personas tienen distintos niveles de evolución, también los planetas los tienen. Las leyes que rigen la vida en los mundos inferiores nos parecen brutales. La Tierra, hace millones de años estaba regida por otros tipos de leyes, todo era agresivo, venenoso, todo tenía garras y colmillos; hoy, debido a que se alcanzó un nivel de evolución más avanzado, hay más amor, pero todavía no se puede decir que éste sea un mundo evolucionado. Existe aún mucha brutalidad.

Ami sintonizó una pantalla y aparecieron escenas de guerra. Desde unos tanques, los soldados lanzaban cohetes contra algunos edificios, destruyéndolos, junto con los niños, mujeres y hombres que los habitaban.

—Esto sucede ahora mismo en un país de la Tierra, pero no podemos hacer nada. En la evolución de cada planeta, país o persona, no debemos intervenir. En el fondo, todo es aprendizaje. Yo fui fiera y morí destrozado por otras fieras; fui humano de bajo nivel, maté y me mataron, fui cruel, recibí crueldad. He muerto muchas veces, he ido aprendiendo poco a poco a vivir de acuerdo con la Ley fundamental del universo. Ahora mi vida es mejor, pero no puedo ir contra el sistema evolutivo que Dios ha creado. Esa pareja está violando una ley universal, al compararnos con alguien tan grande y majestuoso como Dios, le retiran sus sentimientos de

veneración y amor al Creador y los dirigen hacia nosotros... Los soldados que vimos, también violan una ley universal: «no matarás». Ellos deberán pagar por sus errores, y así, poco a poco irán aprendiendo. Sólo cuando una persona o un mundo ha alcanzado cierto nivel evolutivo, puede recibir ayuda nuestra, sin que sea una violación al sistema general evolutivo.

En realidad, no comprendí ni media palabra de lo que Ami dijo, pero más tarde al recordar, se me hizo todo claro, mucho después de su partida, sólo entonces pude escribirlo más o menos como él lo dijo. Mientras esperábamos que el «súper-computador» nos sacara de allí, Ami sintonizó la televisión japonesa. Con su buen humor habitual observaba un programa de noticias. Aparecía un reportero que entrevistaba, micrófono en mano, a la gente en la calle. Una señora hablaba gesticulando y apuntaba hacia el cielo. Yo no entendí nada, pero me di cuenta de que relataba su encuentro con un «ovni»... el nuestro. Otras personas también comentaban su versión del fenómeno.

—¿Qué dicen? —pregunté.

—Que vieron un «ovni»... Hay cada loco... —opinó sonriendo.

Luego apareció un señor de lentes que hacía dibujos en un pizarrón mientras daba explicaciones.

Representaba al sistema solar, la Tierra y los demás planetas. Habló largamente. Supe que se trataba de un científico especialista en astronomía. Al parecer, Ami entendía aquel lenguaje, porque estaba muy entretenido mirando el programa, tal vez utilizaba el traductor.

—¿Qué dice? —volví a preguntar.

—Que debido a todo lo que expresó, queda «científicamente demostrado» que no hay vida inteligente en toda la galaxia, excepto en la Tierra... También dijo que la gente que vio el supuesto «ovni» sufrió una alucinación colectiva, y les recomendó una visita al psiquiatra...

—¿En serio? —pregunté.

—En serio —respondió riendo.

El científico continuó hablando.

—¿Qué dice ahora?

—Que tal vez exista una civilización «tan avanzada» como ésta, pero una cada dos mil galaxias, según los cálculos.

—¿Y eso qué significa?

—Que cuando sepa que en esta galaxia solamente hay millones de civilizaciones, va a quedar loco el pobre, peor de lo que está...

Reímos un buen rato Para mí resultó muy cómico escuchar a un científico diciendo que los «ovnis» no existen... ¡y yo, mirando el programa desde un «ovni»!

Permanecemos cerca de una hora en aquel lugar, hasta que la luz de la invisibilidad se apagó.

—Estamos libres.

—¿Entonces podemos continuar paseando? —pregunté.

—Claro. ¿Dónde te gustaría ir ahora?

—Mmmm... esteee... ¡a la isla de Pascua!

—Es de noche allá... Mira —ya habíamos llegado.

—¿Isla de Pascua?

—Efectivamente.

—¡Qué rapidez!

—¿Te parece rápido? Espera... ahora observa por la ventana. Estábamos sobre un desierto muy extraño. El cielo se veía demasiado oscuro, negro casi, excepto por el brillo azulado de la luna.

—¿Qué es esto, Arizona?

—Esto es la luna.

—¡La luna!

—La luna. —Miré hacia aquello que yo había creído que era la luna.

—... Entonces eso...

—Eso es la Tierra.

—¡La Tierra!

—La Tierra. Allá duerme tu abuelita...

Quedé fascinado. Era en realidad la Tierra, tenía un color azul claro. Me pareció increíble que algo tan pequeño pudiese contener tantas cosas grandes, montañas, mares. Sin saber por qué, me llegaron imágenes archivadas en mi memoria, recordé un arroyo de mi niñez, una pared cubierta de musgo, unas abejas en un jardín, una carreta de bueyes en una tarde veraniega... todo eso estaba allá, en ese pequeño globo azul que flotaba entre las estrellas... De pronto vi el sol, un astro lejano, pero más encandilante que en la Tierra.

—¿Por qué se ve tan pequeño?

—Porque aquí no hay una atmósfera que actúe como lente de aumento, como lupa; por eso, desde la Tierra se ve más grande que desde aquí, pero si no fuera por los vidrios especiales de esta nave, ese pequeño sol te quemaría, justamente porque no hay una atmósfera que filtre ciertos rayos que son nocivos para ti.

No me gustó esa visión de la luna, desde la Tierra parecía más hermosa. Era un mundo desolado, tenebroso.

—¿No podríamos ir a un lugar más bonito?

—¿Habitado? —preguntó Ami.

—¡Claro!... pero sin monstruos...

—Para eso tendremos que ir muy lejos.

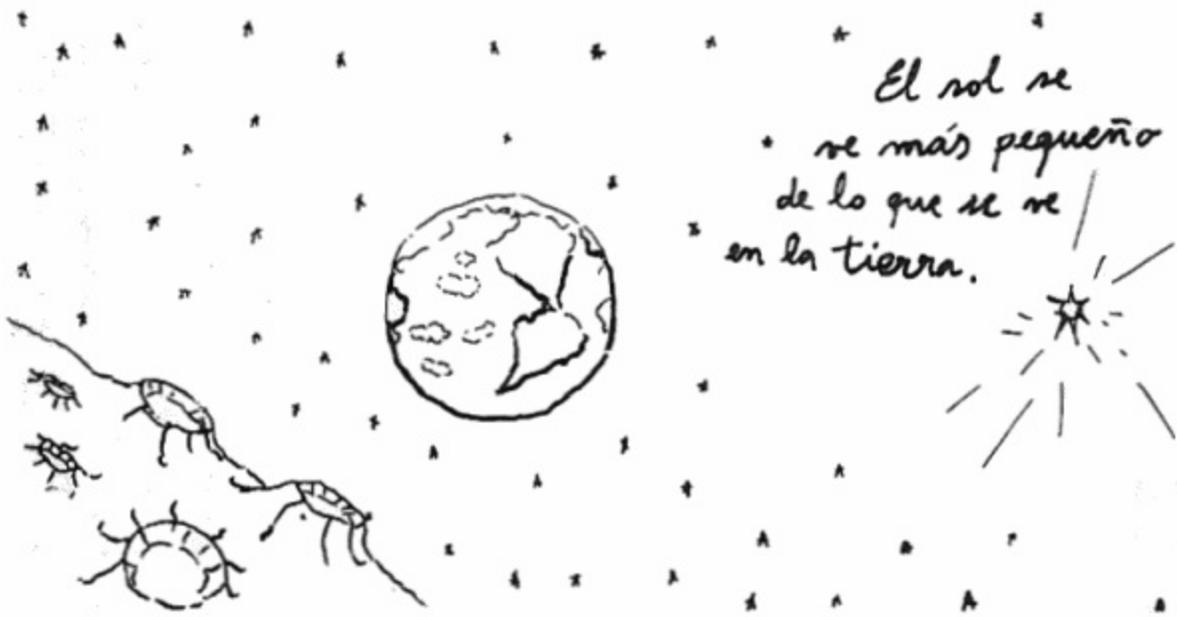
Movió los controles, la nave vibró muy suavemente, las estrellas se alargaron, transformándose en líneas luminosas; luego, en las ventanas apareció una neblina blanca y brillante que reverberaba.

—¿Qué pasa? —pregunté un poco asustado.

—Estamos situándonos...

—¿Situándonos dónde?

—En un planeta muy lejano. Tendremos que esperar unos minutos. Por el momento, vamos a escuchar alguna música.



Ami tocó un punto del tablero. Unos suaves y extraños sonidos llenaron el recinto. Mi amigo cerró los ojos y se dispuso a escuchar con deleite.

Eran unas notas muy diferentes de las que yo había conocido hasta entonces. De pronto, una vibración muy baja y sostenida llegaba a remecer la sala de mandos, luego, otra nota altísima se cortaba de improviso; el silencio duraba algunos segundos. Después se oían notas rápidas que subían y bajaban, otra vez la más grave se iba agudizando poco a poco, mientras unas especies de rugidos y algunas campanitas llevaban un ritmo cambiante.

Ami parecía extasiado, supuse que conocía muy bien aquella «melodía», porque con los labios o leves movimientos de su mano se adelantaba a lo que iba a escucharse. Lamenté interrumpirlo, pero aquella «música» no me gustó para nada.

—Ami —le llamé. No respondió; estaba muy concentrado en esa especie de interferencia eléctrica en una radio en onda corta...

—Ami —insistí.

—¡Oh, perdón!... ¿Sí?

—Discúlpame, pero no me gusta.

—Claro, es natural; el disfrute de esta música requiere de una «iniciación» previa... Buscaré algo que te parezca más conocido.

—Tocó otro punto del tablero. Surgió una melodía que me agradó inmediatamente, tenía un ritmo muy alegre. El instrumento principal sonaba parecido a la chimenea de un tren a vapor a toda velocidad.

—¡Qué agradable!... ¿Qué instrumento es ese que parece un tren?

—¡Dios mío! —exclamó Ami fingiendo horror, ¡acabas de ofender a la garganta más privilegiada de mi planeta, al confundir su hermosa voz con el ruido de un tren!

—Discúlpame, por favor... no sabía... ¡pero resopla muy bien! —dije, procurando arreglar mi metida de pata.

—¡Blasfemo! ¡Hereje! —Fingía jalándose los cabellos— decir que la gloria de mi mundo... ¡resopla! —Terminamos por estallar en carcajadas.

Aquella música lo impulsaba a uno a bailar.

—Para eso está hecha —dijo Ami—. ¡Bailemos! —Se incorporó de un salto y comenzó a danzar haciendo sonar las palmas.

—¡Baila, baila! —me animaba—. Suéltate. Tú quieres bailar, pero aquello que no eres tú, no te lo permite... aprende a conquistar la libertad de ser tú mismo, libérate...

Dejé mi natural timidez de lado y me lancé a danzar con gran entusiasmo.

—¡Bravo! —me felicitaba.

Bailamos largo rato. Me sentí alegre, fue parecido a cuando corrimos y saltamos en la playa. Luego, la música terminó.

—Algo para relajarnos ahora —dijo Ami, dirigiéndose hacia el tablero. Oprimió otro punto y se escuchó una música clásica. Me pareció familiar.

—Oye, eso es terrícola.

—Claro; Bach, es fabuloso, ¿no te gusta?

—Creo que... sí. ¿También a ti te gusta?

—Por supuesto, o no lo tendría en la nave.

—Yo pensé que todo lo nuestro era «incivilizado» para los extraterrestres...

—Estás muy equivocado.

—Tocó otro punto del tablero. «... *imagine there's no countries... it isn't hard to do...*»^[1].

—¡Pero si ése es John Lennon!... ¡Los Beatles!...

Yo estaba muy sorprendido, porque empezaba a creer que en la Tierra no había nada bueno.

—Pedrito, cuando la música es buena, lo es universalmente. La buena música de la Tierra es coleccionada en varias galaxias, al igual que la de cualquier mundo y de cualquier época, lo mismo ocurre con todas las artes. Nosotros guardamos filmaciones y grabaciones de todo lo que se realiza en tu planeta... El arte es el lenguaje del amor, y el amor es universal... Escuchemos. «... *imagine all the people living life in peace...*»^[2].

Ami, con los ojos cerrados, parecía disfrutar de cada nota. Cuando John Lennon terminó de cantar, habíamos llegado por fin a otro mundo habitado.

Parte segunda

Se disipó la neblina blanca. Una atmósfera celeste de tono vibrante, parecía flotar alrededor, en lugar de estar en lo alto del cielo, como en la Tierra; me sentí sumergido en un azulino casi fosforescente que no dificultaba la visibilidad.

Desde las ventanas vi unas praderas bañadas de naranja suave. Fuimos descendiendo poco a poco; parecía un paisaje otoñal maravilloso.

—Mira el sol —recomendó Ami.

Un enorme círculo rojizo se destacaba en lo alto, velado tenuemente por la atmósfera de ese mundo. Se formaban varios círculos alrededor de aquel sol descomunal. Era unas cincuenta veces mayor que el nuestro.

—Cuatrocientas veces más grande —precisó Ami.

—No se ve como si fuera tan enorme...

—Porque está muy lejos.

—¿Qué mundo es éste?

—Es el planeta Ofir... Sus habitantes son de origen terrestre...

—¡¿Qué?! —me sorprendió tremendamente esa afirmación.

—Hay tantas cosas que se desconocen en tu mundo, Pedrito. Hubo una vez en la Tierra, hace miles de años, una civilización semejante a la tuya. El nivel científico de aquella humanidad había sobrepasado mucho su nivel de amor, y como además estaban divididos, ocurrió lo que tenía que suceder...

—¿Se autodestruyeron?

—Completamente... Sobrevivieron sólo algunos individuos que fueron advertidos de lo que iba a pasar y huyeron a otros continentes; pero resultaron muy afectados por las consecuencias de aquella guerra, tuvieron que recomenzar casi desde el principio. Tú eres el resultado de todo eso; eres descendiente de quienes sobrevivieron.

—Es increíble; yo pensaba que todo había comenzado como dicen los libros de historia, desde cero, las cavernas, los trogloditas... ¿Y la gente de Ofir, cómo llegó a este planeta?

—Nosotros la trajimos. Salvamos a todos aquellos que tenían setecientas medidas o más, la buena semilla... los rescatamos un poco antes de producirse el desastre. Se salvaron muy pocos, el promedio evolutivo en aquel tiempo era de cuatrocientas cincuenta medidas, cien menos que hoy. La Tierra ha evolucionado.

—Y si se produjera un desastre en la Tierra, ¿ustedes rescatarían a algunos?

—A todos aquellos que superen las setecientas medidas. Esta vez hay mucha más gente con ese nivel.

—¿Y yo, Ami, tengo setecientas medidas?

Le dio risa mi preocupación.

—Ya me esperaba la pregunta, pero te dije que no puedo responder eso.

—¿Cómo se puede saber quiénes tienen setecientas medidas o más?

—Es muy fácil. Todos aquellos que trabajan desinteresadamente por el bien de los demás, tienen sobre setecientas medidas.

—Tú dijiste que todos procuran hacer el bien...

—Cuando digo «los demás», no quiero decir sólo la propia familia, el club, el bando propio. Y cuando digo «bien», me refiero a aquello que no va en contra de la Ley fundamental del universo...

—Otra vez esa famosa ley; ¿podrías explicarme ahora cuál es esa ley?

—Todavía no. Paciencia.

—¿Y por qué es tan importante?

—Porque si no se conoce esa Ley, no puede saberse la diferencia entre bien y mal. Muchos matan creyendo hacer el bien. Ignoran la Ley. Otros torturan, ponen bombas, crean armas, destruyen la naturaleza pensando que hacen un bien. Resulta que hacen un gran mal todos ellos, pero no lo saben, porque desconocen la Ley fundamental del universo... sin embargo, deberán pagar por sus violaciones a ella.

—¡Vaya! No hubiera imaginado que fuera tan importante...

—Claro que es importante. Basta con que la gente de tu planeta la conozca y practique, para que tu mundo se transforme en un verdadero paraíso...

—¿Cuándo me la vas a decir?

—Por el momento, contempla el mundo de Ofir; tiene mucho que enseñarte, porque aquí todos practican esa Ley.

Me senté en un sillón junto a él para observar por la pantalla aquel hermoso planeta. Estaba impaciente por ver a sus habitantes.

Íbamos lentamente, a unos trescientos metros de altura. Observé muchos objetos voladores semejantes al nuestro; cuando se acercaron, comprobé que tenían formas y tamaños muy diversos. No vi grandes montañas en aquel planeta, tampoco zonas desérticas. Todo estaba tapizado de vegetación en múltiples tonalidades, con varios matices de verde, marrón y naranja en distintos grados. Había muchas colinas, lagunas, ríos y lagos de aguas de un celeste muy luminoso. Aquella naturaleza tenía algo de paradisíaco.

Comencé a distinguir unas edificaciones que formaban círculos alrededor de una construcción principal. Había bastantes pirámides, unas, con escalones, otras, lisas; con bases triangulares o cuadradas, pero lo que más abundaba era una especie de casas semiesféricas de diversos colores claros, con predominio del blanco.

Después aparecieron los habitantes de aquel mundo. Desde la altura los vi transitar caminos, retozar en ríos y lagunas, tenían apariencia humana, al menos desde la distancia; todos vestían túnicas blancas, solamente ciertos detalles eran de otros colores: las franjas de los bordes o los cintos. No se veía ninguna ciudad.

—No las hay en Ofir ni en ningún otro mundo civilizado. Las ciudades son formas prehistóricas de convivencia —dijo Ami.

—¿Por qué?

—Porque tienen muchos defectos; uno de ellos es que demasiadas personas en un mismo punto producen un desequilibrio que las afecta tanto a ellas como al planeta.

—¿Al planeta?

—Los planetas son seres vivientes, con mayor o menor evolución. Sólo la vida produce vida.

Todo es interdependiente, todo está interrelacionado. Lo que le ocurre a la Tierra afecta a las personas que la habitan, y viceversa.

—¿Por qué demasiadas personas en un mismo punto producen un desequilibrio?

—Porque no son felices, y eso lo percibe la Tierra. Las personas necesitan espacio, árboles, flores, aire libre...

—¿La gente más evolucionada también? —pregunté confundido, porque Ami estaba insinuando que las sociedades futuras vivirían en ambientes al estilo «granja», y yo pensaba que iba a ser todo lo contrario: ciudades artificiales en órbita, inmensos edificios-ciudadelas, metrópolis subterráneas, plástico por todos lados; igual que en las películas...

—La gente más evolucionada sobre todo —respondió.

—Yo creía que era al revés.

—Si en la Tierra no pensarán todo al revés, no estarían a punto de destruirse nuevamente...

—Y esta gente de Ofir, ¿no quiso volver a la Tierra?

—No.

—¿Debido a qué?

—Dejaron el nido, los adultos no vuelven a la cuna, les queda estrecha...

Al acercarnos a unas construcciones de poca altura y de un estilo muy moderno, comenzamos a descender.

—Esto es lo más parecido a una ciudad en un planeta civilizado. Es un centro de organización, distribución, y presentación de actos culturales. Las personas vienen ocasionalmente a buscar lo que necesiten, o también a presenciar alguna manifestación artística, espiritual o científica, pero nadie vive aquí.

Detuvo la nave a unos cinco metros de altura y con entusiasmo dijo:

—¡Ahora vas a conocer a tus antepasados de hace miles de años!

—¿Vamos a salir de la nave?

—Ni lo sueñes. Tus virus podrían matar a toda la gente de este mundo.

—¿Y por qué a ti no te afectan?

—Yo estoy «vacunado», pero antes de volver a mi planeta debo someterme a un tratamiento purificador.

Muchas personas transitaban por ahí. Cuando una de ellas pasó cerca de las ventanas de nuestra nave, me di cuenta de algo espantoso: ¡eran gigantes!

—¡Ami, éstos no son terrícolas; son monstruos!

—¿Por qué? —bromeó— ¿porque miden sólo unos tres metros?

—¡Tres metros!

—Poco más, poco menos, pero ellos no se sienten especialmente grandes...

—Pero tú dices que provienen de la Tierra, y allá la gente mide poco más de la mitad...

—Te dije que los sobrevivientes en la Tierra fueron afectados por radiaciones y desequilibrios en el planeta, esto alteró su crecimiento, pero al ritmo que van, en unos cientos de años alcanzarán su estatura natural... si sobreviven.

Nadie nos prestaba mayor atención. Eran personas de piel más bien morena, delgadas, caderas

estrechas y hombros levantados, rectos. Algunos usaban un cinturón parecido al de Ami.

Todos se veían muy tranquilos, relajados y amables. Sus ojos, grandes y luminosos, denotaban profunda espiritualidad; los tenían estirados hacia los lados, almendrados; no como los de los asiáticos, sino como los de las personas que aparecen en las pinturas egipcias.

—Son los antepasados de los egipcios, mayas, incas, griegos y celtas, entre otros —me explicó Ami—; esas culturas fueron restos de la civilización atlante, y éstos son descendientes directos de ellos.

—¡La Atlántida, el continente hundido! —exclamé—. Yo creía que eso era una fábula.

—Casi todas las fábulas de tu mundo son más reales que esa sombría realidad en la que viven.

En general, la gente no andaba sola; más bien lo hacía en grupos, se tocaban mucho unos a otros al conversar, se llevaban del brazo o del hombro; algunos, de la mano. Cuando se encontraban o despedían, había grandes expresiones de cariño; eran muy alegres y despreocupados.

—Te lo dije, son des-pre-ocupados, no se pre-ocupan, se ocupan; ojalá tú aprendieras a hacer lo mismo.

—¿Por qué están tan contentos?

—Porque están vivos ¿te parece poco?

—¿Y no tienen problemas?

—Tienen desafíos, no problemas. Aquí todo está bien.

—Mi tío dice que la vida sólo tiene sentido cuando hay problemas que solucionar, y que una persona sin problemas se pegaría un tiro.

—Tu tío se refiere a problemas para su intelecto. Lo que pasa, es que él tiene actividad en uno solo de los dos cerebros que te mencioné, tu tío es simplemente «actividad intelectual andante». El intelecto es un computador que no puede dejar de funcionar; a menos que ya se tenga desarrollado el otro cerebro, el emocional. Cuando el intelecto no encuentra ningún problema que resolver, ningún rompecabezas, ningún puzzle, puede llegar a enloquecer y pensar en pegarse un tiro.

Me sentí aludido, porque yo también estoy siempre pensando sin cesar.

—¿Y qué más hay, aparte de pensar?

—Percibir, disfrutar de lo que se ve, escuchar los sonidos, palpar, respirar conscientemente, oler, saborear, sentir, aprovechar el momento presente... ¿Eres feliz en este instante?

—No sé...

—Si dejaras un momento de pensar, serías muy feliz. Imagínate: estás en una nave espacial, en un mundo situado años luz de distancia de la Tierra, estás contemplando un planeta civilizado, habitado por los antiguos atlantes... En lugar de preguntar tonterías, mira a tu alrededor, aprovecha el momento...

Sentí que Ami tenía razón, pero me quedó una duda y se la expresé:

—¿Entonces el pensamiento no sirve?

—¡Típica conclusión terrícola! —rió— si no es lo mejor, entonces tiene que ser lo peor. Si no es blanco, debe ser obligatoriamente negro. Si no es perfecto, es demoníaco. Si no es Dios, es el

diablo... ¡Extremismo mental! —Se acomodó en el sillón—. Claro que sirve el pensamiento, sin él, serías un vegetal, pero no es el pensamiento la máxima posibilidad humana.

—¿Cuál es entonces, disfrutar?

—Para disfrutar, necesitas darte cuenta de que estás disfrutando.

—¿Y darse cuenta no es pensar?

—No. Darse cuenta es conciencia, y conciencia es más que pensamiento.

—Entonces la conciencia es lo máximo —concluí, un poco cansado ya de ese lío en el que me había metido gracias a mis preguntas.

—Tampoco —dijo Ami, con una sonrisa misteriosa—. Te pondré un ejemplo. ¿Te diste cuenta de que escuchaste una música extraña hace poco, la primera que seleccioné?

—Sí, pero no me gustó.

—Te diste cuenta de que escuchabas una música extraña, eso fue conciencia, pero no la disfrutaste.

—Realmente, no.

—Entonces, para disfrutar no basta con la conciencia...

—¡Tienes razón!... ¿Qué falta entonces?

—Lo principal. La segunda música sí la disfrutaste, ¿verdad?

—Sí, porque me gustó.

—Gustar es una forma de amar. Sin amor no hay disfrute, sin conciencia, tampoco; el pensamiento quedó en un discreto tercer lugar como posibilidad humana. El primer lugar lo ocupa el amor... Nosotros procuramos amarlo todo, vivir en amor, así disfrutamos más. A ti no te gustó la luna, a mí sí. Yo disfruto más y soy más feliz que tú.

—Entonces el amor es la máxima posibilidad humana.

—Ahora sí, perfecto, Pedrito.

—¿Y eso, lo saben en la Tierra?

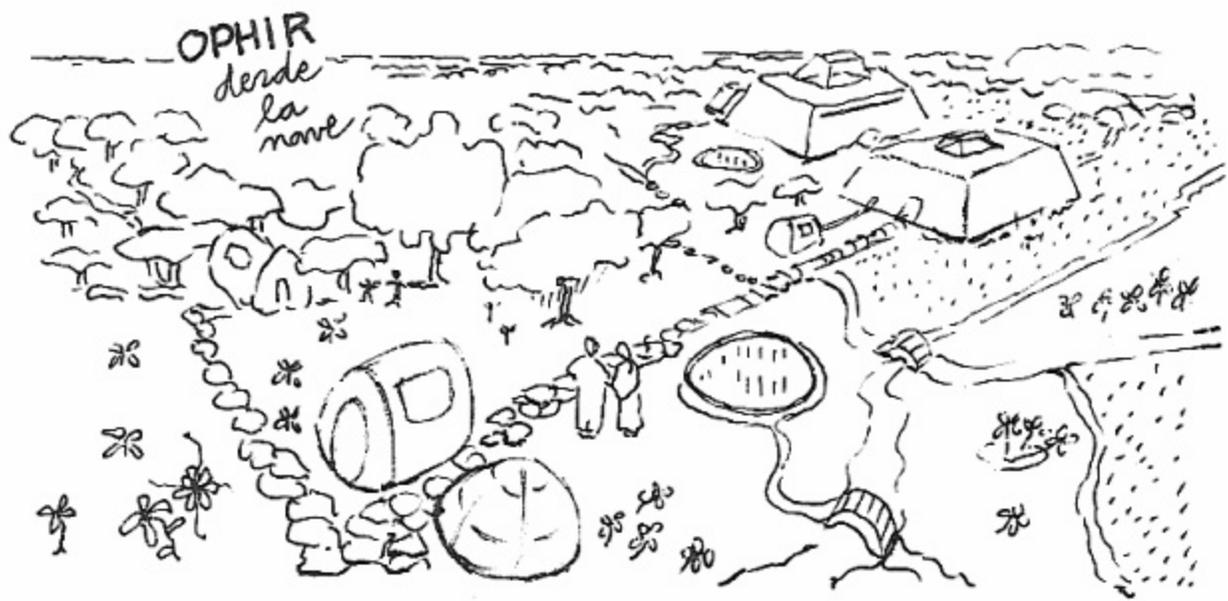
—¿Lo sabías tú; te lo enseñaron en el colegio?...

—No.

—Allá están apenas en el tercer peldaño, en el pensamiento; por eso, a quienes piensan mucho les llaman sabios...

—¿Y cómo es posible que algo tan sencillo se les haya escapado?

—Porque utilizan uno solo de los dos cerebros, pero el pensamiento no puede experimentar amor. Los sentimientos no son pensamientos. Algunos llegan a creer que los sentimientos son algo «primitivo» y que deben ser substituidos por el pensamiento, entonces, elaboran teorías que justifican la guerra, el terror, la deshonestidad y la destrucción de la naturaleza. Ahora tu humanidad está en peligro de extinción debido a esos pensamientos tan «inteligentes» y a esas teorías tan «brillantes»...



—Tenías razón cuando decías que en la Tierra pensamos las cosas al revés...

—Entonces observa un poco el mundo de Ofir, aquí las cosas no son tan al revés.

La falta de sueño, todas las emociones del día y las nuevas enseñanzas de Ami, me tenían agotado. Tras los vidrios podía ver personas gigantescas, edificaciones estilizadas, niños de dos metros de altura, vehículos voladores y terrestres, pero mi interés se estaba diluyendo debido al cansancio.

—¿Sabes qué edad tiene ese señor? —Ami se refería a un hombre que conversaba cerca de la nave. Representaba unos sesenta años. Tenía el pelo blanco, pero no se veía anciano.

—¿Unos sesenta años?

—Tiene cerca de quinientos años de edad... Sentí un mareo, un cansancio, la cabeza me iba a estallar.

—¿Sabes, Ami? estoy cansado, quiero reposar, dormir, volver a casa; ya no quiero saber nada más, tengo náuseas, no quiero ver ninguna otra cosa...

—«Indigestión informativa» —bromeó Ami—. Ven, Pedrito, acuéstate aquí. Me llevó hacia uno de los sillones laterales, lo reclinó hasta transformarlo en un mullido diván. Me acomodé sobre él, era confortable.

Ami me puso algo en la base de la cabeza y el sueño me venció instantáneamente. Me dejé ir, dormí profundamente varias horas...

Desperté fresco y descansado, lleno de energías, como nuevo. Mi amigo se encontraba revisando unos controles, me guiñó un ojo.

—¿Mejor ahora?

—Sí, fantástico... ¡Mi abuelita! ...¿Cuántas horas dormí?

—Quince segundos —respondió.

—¡Qué! —me levanté a mirar por las ventanas. Estábamos en el mismo lugar, las mismas personas circulaban por allí, el hombre de cabeza cana todavía conversaba, no lejos de nuestra nave. Nada había cambiado.

—¿Cómo lo hiciste?

—Necesitabas dormir para «cargar baterías». Nosotros tenemos «cargadores» que en quince segundos te reponen igual que ocho horas de sueño.

—¡Extraordinario! ¿Entonces ustedes jamás se acuestan a dormir?

—No tanto como jamás. Es necesario hacerlo de vez en cuando. A través del sueño recibimos algo más que «carga»; pero nosotros, con muy poco tiempo tenemos suficiente, no nos «descargamos» tanto como ustedes.

—¡Vaya; los «civilizados» le sacan el jugo a la vida! ¡Quinientos años... casi no duermen!...

—De eso se trata...

—Así que ese señor tiene quinientos años... ¿Cómo lo sabes?

—Por ciertos detalles de sus vestiduras. ¿Quieres hablar con él? Ven.

Nos sentamos frente a una pantalla; mi amigo tomó el micrófono y digitó unos puntos sobre el teclado del tablero.

Apareció el rostro del hombre. Ami habló en un idioma extrañísimo, unos sonidos que parecían sólo variedades de «shhh» casi inaudibles, los relacioné inmediatamente con la música que parecía el soplido de un tren, el hombre los escuchó y vino hacia la nave. Luego nos sonrió ¡por la pantalla; como si nos viera! y me dijo claramente:

—¡Hola, Pedro! Comprendí que un «traductor» operaba, puesto que los movimientos de sus labios no se correspondían con los de los sonidos que yo oía.

—Ho-hola —respondí nervioso.

—¿Sabes? Somos casi parientes, mis antepasados también vinieron de una civilización de la Tierra.

—Ah... —no se me ocurrió decir nada más interesante...

—Esa civilización se destruyó por falta de amor...

—Ah...

—¿Qué edad tienes?

—Die... digo, nueve años... ¿y usted?

—Unos quinientos años terrestres.

—¿Y... no se aburre?

—Aburre... aburrirse... —tenía cara de no comprender.

—Cuando el intelecto busca actividad y no encuentra —explicó Ami.

—Ah, sí; lo había olvidado... No; no me aburro ¿por qué habría de hacerlo?

—De tanto vivir, por ejemplo...

En ese momento se acercó a él una mujer muy hermosa y bastante joven. Saludó al hombre con gran ternura. Él también comenzó a acariciarla y a besarla, hablaron, sonrieron, luego ella se retiró. Parecían amarse mucho.

—Cuando el pensamiento está al servicio del amor, no existe el aburrimiento —dijo sonriendo.

Me pareció que estaba enamorado de esa bella mujer y le pregunté:

—¿Está usted enamorado?

Suspiró en forma profunda y dijo:

—Estoy totalmente enamorado.

—¿De la señorita que estaba con usted?

—De la vida, de la gente, del universo, de este estar existiendo... del amor.

Otra dama venía hacia él, se veía aún más hermosa que la anterior: morena, delgada, cabello largo, sedoso y muy negro, prácticamente azul oscuro; sus ojos eran de un verde transparente. Se acariciaron, se besaron en las mejillas, se miraron intensamente a los ojos, hablaron, rieron, luego se despidieron. Yo pensé que este señor era algo así como un Casanova espacial...

—¿Ha ido usted alguna vez a visitar la Tierra?

—Oh, sí. He ido algunas veces, pero es muy triste...

—¿Por qué?

—La última vez que fui, la gente se mataba, hambre, millones de muertos, ciudades destruidas, campos de prisioneros... es triste.

Me sentí muy mal, como si fuera un cavernario en aquel mundo.

—Lleva a tu planeta un mensaje de mi parte —dijo el hombre con una sonrisa de cariño.

—Claro, ¿cuál?

—Amor, unión y paz.

Nos despedimos para ir a visitar otros lugares del mundo de Ofir.

—¿Tiene dos esposas ese señor?

—Claro que no. Tiene una sola respondió.

—Pero... besó a las dos...

—¿Y dónde está lo malo? Se aman... Ninguna de ambas era su esposa.

—¿Y si la verdadera lo sorprende?... —Ami se rió de mí.

—En los mundos civilizados no existen los celos.

—¡Ah! —me entusiasmé, creí comprender...

—Entonces uno puede tener muchas mujeres... —dije con malicia. Me respondió con una mirada transparente.

—No. Una sola.

No comprendí, guardé silencio y preferí contemplar el panorama a través de la pantalla.

Aparecían campos de labranza en los que trabajaban máquinas. Cada cierto trecho había un centro como el que habíamos visitado antes. No se veían grandes extensiones despobladas, tampoco ciudades. Divisé caminos bordeados de flores, árboles y adornos de piedra; arroyos, puentecitos, cascadas... Todo aquel mundo parecía un jardín al estilo japonés.

La gente transitaba a pie, en grupos pequeños o en parejas. No vi ninguna carretera, sólo pequeños senderos. Minúsculos vehículos parecidos a los que se utilizan en los campos de golf transportaban a algunas personas.

—No veo automóviles, camiones, trenes...

—No se necesitan. Todo el transporte se hace por aire.

—Por eso se ven tantos «ovnis»... ¿Cómo hacen para no chocar?

—Estamos conectados al «súper-computador», que puede intervenir los mandos de cada

aeronave; —Ami accionó algunos controles—, vamos a intentar estrellarnos contra aquellas rocas. No te asustes...

La nave alcanzó una velocidad tremenda y se lanzó en picada contra las rocas. Antes de chocar nos desviamos y continuamos en sentido horizontal a unos metros de altura. Ami no había tocado los controles para evitar el desastre.

—Es imposible chocar, el «computador» no lo permite.

—¡Qué maravilla! —exclamé aliviado—. ¿Cuántos países hay en Ofir?

—Ninguno, Ofir es un mundo civilizado...

—¿No hay países?

—Claro que no... o tal vez uno solo: Ofir.

—¿Y quién es el Presidente?

—No hay Presidente.

—¿Quién manda entonces?

—Mandar... mandar... No, nadie manda.

—Pero ¿quién organiza?

—Eso es otra cosa. Aquí ya está todo organizado, pero cuando surge algún imprevisto, los más sabios se reúnen con los especialistas en el tema y toman decisiones o programan el computador que corresponda, pero hay muy poco que hacer, todo está planificado y las máquinas realizan casi todo el trabajo.

—¿Qué hace la gente, entonces?

—Vivir, trabajar, estudiar, disfrutar, servir, ayudar a quienes podamos, pero como en nuestros mundos no hay grandes problemas, ayudamos a los mundos incivilizados. Lamentablemente, no podemos hacer demasiado, porque todo debe ser hecho dentro de los límites del «plan de ayuda». Enviamos «mensajes», establecemos «contactos», como éste, «damos una mano» en el nacimiento de las religiones que llevan hacia el amor... ¿Cómo crees que caía «maná» del cielo en el desierto?...

—¿Ustedes?...

—Nosotros. También colaboramos en la salvación de la gente mejor, cuando los mundos se autodestruyen... Fue espantoso cómo se hundió la Atlántida...

—¿Debido a las bombas? —pregunté.

—Y también al odio, al sufrimiento, al miedo... la Tierra no pudo soportar esas radiaciones negativas de los seres humanos, y menos aun las explosiones nucleares. Todo el continente se hundió, y si ahora ustedes no cambian, si continúan las explosiones atómicas y la infelicidad, la Tierra puede volver a no soportarlo y es posible que suceda algo semejante...

—¡Nunca lo hubiera pensado!

—Todo repercute en todo —dijo Ami.

—¿Qué responsabilidad para nosotros!...

—Bueno, para eso estamos trabajando.

—Y pensar que hay gente que no acepta que ustedes existen...

—Esas personas son ingenuas; no sólo existimos, además les observamos cuidadosamente. El

universo entero es una unidad, un organismo viviente. No podemos descuidar los descubrimientos científicos que se produzcan en cualquier mundo incivilizado. Te dije que ciertas energías en malas manos pueden alterar el equilibrio de la galaxia... y eso incluye a nuestros mundos, todo repercute en todo, por eso trabajamos para que ustedes se superen.

—No veo alambradas por ninguna parte. ¿Cómo saben a quién pertenece cada terreno?

—Aquí todo pertenece a todos...

Quedé pensando largo rato.

—¿Entonces a nadie le interesa progresar?

—Creo que no te comprendo bien, Pedrito.

—Progresar, salir del montón, ser más que los demás.

—¿Te refieres a tener mayor nivel de evolución, más medidas? Para eso hay ejercicios espirituales.

—No me refiero a las medidas.

—¿A qué te refieres, entonces?

—A tener más que los demás.

—¿A tener más qué, Pedrito?

—Más dinero.

—Aquí no existe el dinero...

—¿Y cómo compran entonces?

—No se compra. Si alguien necesita algo, va y lo toma...

—¿Lo que sea?

—Lo que necesite —dijo Ami.

—¿Cualquier cosa? —yo no podía creer lo que estaba escuchando.

—Si alguien necesita algo y lo hay, ¿por qué no?

—Un carrito de esos que se ven, ¿también?

—O una nave espacial —Ami hablaba como si lo que me estaba diciendo fuese lo más natural del mundo.

—¿Todos pueden tener una nave espacial?

—Todos pueden utilizar una nave espacial —precisó Ami.

—¿Esta nave es tuya?

—Yo la estoy utilizando, tú también.

—Pregunto si es tuya.

—A ver... «tuya» indica posesión, pertenencia... ya te dije que todo pertenece a todos, a quien lo necesite y mientras lo ocupe.

—¿Y cuando ya no lo necesita?

—Entonces no lo utiliza más.

—Si, por ejemplo, yo tomo una nave como ésta y la quiero dejar en mi patio cuando no la ocupo... ¿puedo?

—¿Por cuánto tiempo no la vas a ocupar?

—Digamos... tres días —respondí.

—Entonces es mejor que la dejes en el lugar destinado a estacionar estas naves, el «aeropuerto», y así le sirve a otra persona mientras tú no la ocupas. Luego, cuando llegas, tomas ésa o la que se encuentre disponible.

—¿Pero si yo quiero ésa?

—¿Y por qué ésa? Aquí sobran las naves, además, son todas más o menos parecidas.

—Supón que le tengo cariño, como tú a tu «anticuado televisor...».

—Este televisor, como tú le llamas, es un pequeño recuerdo, nadie lo necesita, porque es anticuado; cuando ya no quiera conservarlo, lo entregaré para que quienes trabajan en este tipo de instrumentos decidan si lo desarmen o lo modifican; también puedo conservarlo toda mi vida, no es algo de utilidad pública. Pero si quieres conservar siempre esa misma nave (capricho extraño, porque tú no la construiste, y además hay de sobra) debes esperar que llegue, que esté disponible.

—¿Pero si yo quiero utilizar esa misma nave, para mí y nadie más?

—¿Por qué nadie más? —preguntó Ami.

—Supongamos que no me gusta que me utilicen mis cosas...

—Pero ¿por qué? Aquí nadie tiene enfermedades contagiosas...

—No sé, pero imagina que me gusta que mis cosas sean mías y de nadie más.

—Eso sería posesividad enfermiza, egoísmo.

—No es egoísmo.

—¿Qué es entonces... generosidad? —Ami reía.

—¿Así que tengo que compartir mi cepillo de dientes con todo el mundo?

—Extremismo mental otra vez... No tienes que compartir ni tu cepillo de dientes ni tus objetos personales, aquí los hay por millones, sobran, nadie se esclaviza a ellos... ¡pero no querer compartir una nave espacial!... Además, en el «aeropuerto» es revisada por las máquinas encargadas de hacerlo, es reparada cuando lo necesita, no tienes que hacerlo tú por tu cuenta.

—Suena bien, pero me imagino que todo es un poco al estilo «internado de colegio», todo obligatorio, vigilado...

—Te equivocas. Aquí las personas gozan de la más amplia y total libertad.

—¿Y no hay leyes?

—Sí las hay, pero todas ellas están basadas en la Ley fundamental del universo, en beneficio de las personas.

—¿Me vas a decir ahora esa bendita ley?

—Más adelante, paciencia —sonreía.

—¿Y si violo alguna ley?

—Sufres.

—¿Me castigan, me encarcelan?

—No. Aquí no existen el castigo ni las cárceles, pero si cometes alguna falta, sufres; tú mismo te castigas.

—¿Yo mismo? No entiendo, Ami.

—¿Le darías una bofetada a tu abuelita?

—¡No, por supuesto que no!... qué cosas dices...

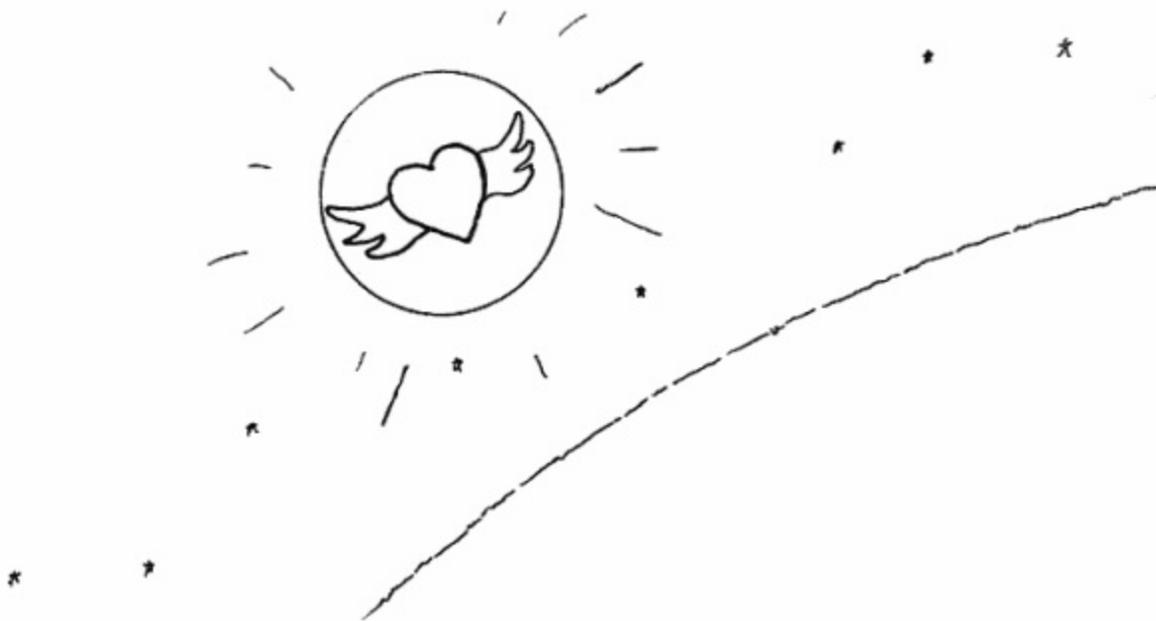
—Imagina que le das una bofetada... ¿qué te pasaría?

—¡Me dolería mucho, me arrepentiría, sería insoportable!...

—Eso es castigarse uno mismo... no necesitas que te castiguen ni que te encarcelen. Hay cosas que nadie hace, y no porque lo prohíban las leyes. Tú no le harías daño a tu abuelita, no la herirías, no le quitarías sus pequeños objetos personales; al contrario, intentas ayudarla y protegerla.

—Sí, porque la amo.

—Aquí, todos nos amamos; todos somos hermanos.



Hay ocasiones en las que comprender algo nos produce interiormente el efecto de un estallido de luz. Debido a las explicaciones de Ami, yo había podido comprender de pronto todo lo que él quería decirme. Aquel mundo era una gran familia en la que todos se amaban recíprocamente, y, por lo tanto, lo compartían todo. Me pareció algo sencillo ahora.

—Y asimismo están organizados todos los mundos evolucionados del universo —me explicó Ami, contento de que yo hubiese asimilado.

—Entonces, la base de la organización es el amor...

—Sí, Pedrito; esa es la **Ley fundamental del universo**...

—¡¿Qué, cuál?!

—El amor —dijo Ami.

—¿El amor?

—El amor. Esa es la Ley.

—Yo pensaba que sería algo más complicado...

—Es sencillo, simple y natural, sin embargo, no es tan fácil de experimentar, para eso es la evolución. Evolución significa acercarse al amor. Los seres más evolucionados experimentan y expresan más amor. La verdadera grandeza o pequeñez de los seres está determinada únicamente por la medida de su amor...

—¿Y por qué nos cuesta tanto?

—Porque tenemos dentro de nosotros una barrera que impide o frena nuestros mejores

sentimientos.

—¿Cuál es esa barrera?

—El ego. Una falsa idea acerca de nosotros mismos, un yo falso. Mientras mayor es el ego, más importantes nos creemos con respecto a los demás. El ego nos hace sentir autorizados para menospreciar, dañar, dominar y utilizar a los demás; para disponer de sus vidas inclusive. Como el ego es una barrera al amor, nos impide sentir compasión, ternura, cariño, afecto... amor. El ego nos insensibiliza ante la vida, es alimentado por falsas ideas, por apreciaciones erradas acerca de nosotros mismos, de los demás y de la existencia. Fíjate: ego-ísta, se interesa por sí mismo y no por los demás. Ego-latra, no adora a nadie más que a sí mismo. Ego-tista, habla sólo de sí mismo. Ego-céntrico, piensa que el universo gira alrededor de su persona. La evolución humana consiste en la disminución del ego, para que crezca el amor.

—Entonces quiere decir que los terrícolas tenemos mucho ego...

—Depende del nivel de evolución de cada cual. Continuemos paseando, Pedrito.

En una concavidad de los prados había un bonito y pequeño anfiteatro, en el que varios seres muy extraños representaban un espectáculo frente al público. Al principio pensé que estaban disfrazados, pero pronto comprendí que no era así... Los había gigantescos, aún más grandes que los de Ofir, otros más bajos, casi enanos; algunos más delgados que los terrícolas, otros muy similares a nosotros... Miradas hermosas y extrañas, grandes ojos, bocas pequeñas; rostros color de oliva casi carentes de nariz y labios... Me llamó la atención un grupo de niños muy parecidos a Ami, aunque no vestían como él.

—Proviene de mi planeta —me explicó.

Había cinco de cada mundo, danzaban tomados de las manos al son de una bella melodía, formando una alegre ronda. Un balón dorado iba cayendo suavemente; cuando se acercaba a algún ser, éste lo impulsaba hacia lo alto. Mientras caía, aquel que lo había impulsado y los cuatro restantes de su grupo pasaban bailando en forma armoniosa al centro de la ronda y ejecutaban otra danza, al compás de una música nueva, que se sumaba a la anterior, sin discordar. Mientras esto ocurría, el resto de la ronda continuaba con la danza general, al compás de la primera melodía. Cuando el globo alcanzaba a otro grupo de seres, éstos ocupaban el centro, al compás de otra música, y los anteriores retornaban a su lugar. La ronda general iba girando lentamente. Cada vez que un grupo terminaba su acto, el público aplaudía con gran entusiasmo.

—Supongo que todos estos seres provienen de mundos diferentes.

—Así es. Cada grupo muestra las danzas de su planeta.

Entre el público había seres de otros mundos, no sólo ofirianos. El anfiteatro estaba decorado con banderas a su alrededor. Naves muy diversas se encontraban estacionadas fuera del lugar, en un sitio destinado a ellas. Otras, como la nuestra, permanecían en el aire.

—¿Quién va ganando? —pregunté.

—¿Ganando qué?

—Me parece que eso es una competencia, ¿no?

—¿Competencia?

—¿No buscan al grupo que lo haga mejor?

—No.

—¿Qué buscan entonces?

—Mostrar lo que sienten, agradecer con un bonito espectáculo, estrechar lazos de amistad, enseñar, disfrutar.

—Y al grupo que lo haga mejor que los demás ¿no le dan ningún premio?

—Nadie está comparando nada. Aprenden y se divierten.

—En la Tierra son premiados los mejores...

—Y con eso, los últimos quedan humillados y a los ganadores les crece el ego... —dijo Ami, sonriendo.

—Es duro, pero deben esforzarse si quieren ganar.

—«Ganar», ser más que los demás, otra vez, competencia, egoísmo, división. Se debe competir contra sí mismo, superarse, y no contra los demás hermanos. Esas cosas no existen en los mundos fraternales, evolucionados, porque allí está la semilla de la guerra y de la destrucción.

—No creo que sea para tanto... se trata de competencias sanas, deportivas...

—Pero enfocadas con criterios cavernícolas... Ya se han producido guerras que comenzaron por un partido de fútbol; hasta se matan en los estadios de la Tierra... Esto que estás viendo es sano, deportivo y artístico.

—Se parece a un juego de niños que hay en mi planeta.

—La ronda, el círculo, son símbolos universales, representan la fraternidad; también otras cosas, entre ellas, un mundo.

—¿Qué significa el círculo de tu pecho?

—Significa la humanidad.

—¿Y el corazón alado?

—Es el amor elevado y libre, desapegado.

—¡La humanidad unida en amor! —exclamé.

—¡Eres un genio! —dijo, muy contento.

Continuamos observando el espectáculo mientras Ami explicaba:

—Cada movimiento que ejecutan tiene un significado, forma parte de un lenguaje.

—¿Qué bonito!... me gustaría que mi abuelita viera esto... a propósito, ¿qué hora es en la Tierra?

—A tú abuelita le quedan cuatro horas de sueño.

—¿Podemos verla desde aquí?

—Sí, mediante la conexión con los satélites que tenemos en órbita en la tierra, espera.

Accionó los controles de una pantalla y apareció mi planeta visto desde mucha altura, después vimos a mi abuelita dormida.

—¡Qué maravilloso!... ¿Puedes ver todo el universo?

—¡No vuelas tan alto!... me parece que desconoces el tamaño del universo.

—Tienes razón, lo ignoro —confesé.

—Nosotros sabemos de algunos millones de galaxias, las más cercanas, las otras las vemos desde lejos, y más allá... ignoramos qué hay... Pero esta pantalla es muy entretenida, con varios

millones de galaxias basta, ¿verdad? —reímos— sin contar con que podemos sintonizar el pasado de cualquier mundo...

—¿El pasado?!... ¿Cómo es posible?

—Es fácil; todo queda archivado, y de muchas maneras... «Nada hay oculto que no llegue a conocerse»... Te mostraré una de esas maneras. Ese balón dorado que flota allí, recibe su luz del sol, ésta rebota en el globo, llega a tus ojos; otros rayos salen disparados hacia arriba, hacia el espacio, viajan por él eternamente. Si captamos esa luz en cualquier punto de su recorrido y la amplificamos, estaremos viendo el globo tal como fue en el pasado.

—¡Increíble!

—Más adelante puedo mostrarte a Napoleón, César, Jesús... ¡en acción!

—¿En serio?

—Y a ti mismo hace algunos años... pero por el momento quiero que conozcas un poco más de Ofir.

Comenzamos a elevarnos dejando atrás aquel anfiteatro. Una luminosa nave pasó muy cerca de nosotros haciendo cambio de luces; la nuestra también lo hizo, mientras Ami sonreía pícaramente.

—¿Quién era, algún amigo tuyo?

—Era gente alegre y divertida, proveniente de un mundo que visité hace mucho tiempo.

—¿Qué significó ese cambio de luces?

—Un saludo, amistad, me fueron simpáticos y nosotros a ellos.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No sentiste?

—Creo que no... —Eso se debe a que no te observas. Si estuvieras atento a ti mismo, al igual que hacia el exterior, descubrirías muchas cosas... ¿No sentiste cierta alegría cuando se aproximaba esa nave?

—No sé... creo que no... estaba pensando que podríamos chocar...

—Estabas pre-ocupado —reía Ami—. Mira esa nave que va allá, es de mi mundo, fíjate que es idéntica a ésta.

—Me gustaría conocer tu planeta.

—En otro viaje te llevaré; no tenemos tiempo hoy.

—¿Prometido?

—Si escribes el libro, prometido.

—¿Y al pasado también?

—Al pasado también.

—¿Y a las playas de Sirio también?

—También —reía el niño espacial—, tienes buena memoria. Y también al planeta que estamos preparando para albergar a los que rescatemos en caso de producirse la destrucción de la Tierra.

—¿Eso quiere decir que la destrucción es inevitable?

—Depende de lo que hagan ustedes por vivir unidos, sin fronteras, sin injusticias, sin armas.

—Y formar un solo país: la Tierra, ¿verdad?

—Así debe ser. Los regionalismos exagerados revelan poca elevación de miras, egoísmo. Un excesivo apego a un lugar no deja espacio para amar el resto de los lugares. El universo es muy grande. Debemos pensar y amar «en grande». Algunos creen que los de su calle son mejores que los del resto de las calles del mundo...

—Tienes razón, debemos vivir sin fronteras. ¡Que sólo la atmósfera sea nuestra frontera! — exclamé con entusiasmo.

—Ni siquiera eso. El universo es libre, amor es libertad. Nosotros no necesitamos pedir permiso a nadie para venir a este mundo o al que deseemos visitar.

—¿Cualquiera puede llegar a este mundo sin pedir autorización?

—Y a cualquier otro mundo del universo...

—¿Y la gente de aquí no se enoja?

—¿Por qué habría de molestarse? —Ami se regocijaba con nuestro diálogo.

—No sé; me cuesta aceptar tanta maravilla...

—Trataré de explicarte, Pedrito. Los mundos evolucionados forman una confraternidad universal; todos somos hermanos, amigos, todos somos libres de ir o venir, mientras no perjudiquemos a nadie. Nada es secreto, nada es prohibido. No hay guerras de galaxias, no hay violencia entre nosotros. La violencia es una característica de los mundos primitivos y de las sociedades que esos seres construyen. No hay competencia entre nosotros, nadie quiere ser más que su hermano, lo único que todos queremos es disfrutar sanamente de la vida; pero como amamos, nuestra mayor dicha la obtenemos sirviendo, ayudando a los demás, y siendo útiles somos dichosos. Todos tenemos la conciencia en paz, amamos a nuestro Creador y le agradecemos por darnos la existencia y permitirnos disfrutar de ella. La vida es muy sencilla para nosotros, aunque tengamos muchos avances científicos, y si la humanidad de la Tierra logra sobrevivir, si logra sobreponerse a sus egoísmos y desconfianzas, nosotros nos haremos presentes para ayudarlos, para que se integren a la confraternidad cósmica. Si lo consiguen, la vida ya no será una dura competencia por sobrevivir; comenzará la dicha para todos; les daremos las herramientas para que puedan hacer de la Tierra un mundo feliz, en paz, justo y unido.

—Es hermoso lo que dices, Ami.

—Porque es verdad. Sólo la verdad es hermosa. Cuando llegues a tu mundo escribe ese libro, para que sea una voz más, otro grano de arena.

—Cuando yo les diga, todos me creerán y dejarán sus armas para vivir en paz... —dije, muy convencido. Ami volvió a reírse de mí, acariciándome la cabeza, pero esta vez no me molesté, porque ya no lo consideraba un niño como yo, sino mejor que yo.

—¡Qué inocente eres! No te das cuenta de que están en guerra, compitiendo en forma feroz, terriblemente dormidos, tan serios y graves... pero las verdades del universo no son serias, son hermosas. ¿Te parece serio un campo de flores?

—No. Es bonito —respondí.

—Si quienes dirigen los países y ejércitos fueran los creadores de las flores, les pondrían balas, en lugar de pétalos y leyes inhumanas y rígidas, en lugar de tallos...

—Entonces... ¿no me creerán?

—Los niños y quienes son como niños te creerán; los adultos piensan que sólo las cosas horribles son verdaderas. Coleccionan objetos materiales, adoran las armas y no se interesan por nada que sea hermoso y verdadero; consideran que la oscuridad es luz y la luz oscuridad. Esos no se interesarán por tu libro; pero los niños saben que la verdad es hermosa y pacífica. Ellos contribuirán para difundir nuestro mensaje, el cual llegará a través de ti. Es un proceso. Nosotros cumplimos con brindar nuestra ayuda, con servir. La humanidad debe ahora hacer un esfuerzo por sí misma.

—¿Y si no hacen caso y destruyen el mundo?

—Tendremos que hacer lo mismo que miles de años atrás.

—Rescatar a quienes tienen buen nivel —dije.

—Así es, Pedrito.

—¿Y tengo yo setecientas medidas? —Nuevamente intenté saberlo.

—Todo aquel que hace algo por la paz, tiene buen nivel. Y todo aquel que no hace nada, pudiendo hacer algo, es indiferente o cómplice, le falta amor, no tiene buen nivel.

—Entonces, apenas llegue a casa me pongo a escribir —dije, un poco asustado. Ami se rió de mí.



Nos acercábamos a un inmenso lago de aguas muy celestes. Sobre él se deslizaban embarcaciones de vela y de motor; en las orillas, la gente se bañaba. Sentí deseos de sumergirme en esas aguas cristalinas.

—Pero no puedes hacerlo.

—Por mis microbios.

—Correcto.

Había un embarcadero al que la gente llegaba para tomar libremente cualquier vehículo acuático, yates lujosos, pequeños botes de remos, unas bonitas esferas transparentes de diversos tamaños, bicicletas marinas y equipos de buceo.

—Entonces aquí uno puede tomar cualquier cosa...

—Claro.

—Pienso que la mayoría buscará los yates de lujo...

—Estás equivocado; a muchos les gusta remar, a otros jugar con una pequeña barca, tener la sensación de cercanía del agua, hacer ejercicio físico...

—¿Por qué hay tantas diversiones; es domingo hoy?

—Aquí es domingo todos los días —reía Ami. Algunos tomaban equipos de buceo y se sumergían.

—¿Qué hacen bajo el agua?

—Pasear, conocer, disfrutar de la vida... ¿Quieres ir allá?

—Pero dijiste que no puedo salir de la nave...

Ami puso rumbo al lago mientras sonreía, nos sumergimos en él. Fue muy bonito ver aparecer ese mundo sub-acuático. Muchas personas y vehículos se desplazaban bajo la superficie de las aguas, la mayoría eran esas esferas transparentes.

Un niño provisto de lentes para bucear y de un pequeño tanque de oxígeno pasaba cerca de nosotros; al vernos, se aproximó a nuestra nave y pegó su nariz contra el vidrio de una de las ventanas, haciéndonos una morisqueta. Ami reía. Pensé que si yo hubiera estado buceando en una playa de mi mundo, no me habría acercado con tanta confianza a un «ovni» submarino...

En el fondo del lago apareció una enorme cúpula transparente con luces de diversos colores; había una especie de restaurante en el interior de esa gran burbuja. Adentro se veían mesitas, una orquesta y una pista de baile. Las personas danzaban al compás de un ritmo alegre. Algunos batían las palmas mientras observaban desde las mesas llenas con helados y bebidas en vasos altos.

—¿Tampoco se paga allí?

—En ninguna parte, Pedrito.

—Entonces, si la vida es tan fácil, ¿cómo es que la gente no se dedica a pasarla bien, en lugar de trabajar?

—Aquí hay muy poco trabajo, el más pesado lo hacen las máquinas y los robots.

—¡Esto es mejor que irse al cielo!

—Estamos «en el cielo»... ¿no?

Yo iba comprendiendo cada vez con mayor claridad lo maravilloso que debía ser vivir en un mundo como ése.

—Esto hay que ganarlo —dijo Ami.

Continuamos avanzando lentamente por el fondo de aquel lago poblado por extraños peces y plantas. Aparecieron unas pirámides que se elevaban entre algas y corales de variados matices.

—¿No hay tiburones por aquí?

—Ni tiburones, ni serpientes, ni arañas, ni fieras; nada agresivo o venenoso. Este es un planeta evolucionado, por lo tanto, ya no tiene especies alejadas del amor... ésas quedan para los mundos que las merezcan...

—¿Qué comen los peces?

—Lo mismo que las vacas y caballos de tu planeta: vegetales. En los mundos civilizados nadie mata para vivir, ningún animal se come a otro.

—Entonces tú no comes carne...

—¿Qué quisiste decirme?

Yo no había querido decir nada ofensivo, pero Ami reía.

—Claro que no comemos carne... qué asco, qué maldad matar esos pollitos, cerditos y vaquitas inocentes...

Así como lo había descrito, me pareció maldad a mí también. Decidí no volver a comer carne.

—A propósito de comida... —dije, sintiendo mi estómago vacío.

—¿Tienes hambre?

—Mucha. ¿No habrá alguna comida extraterrestre por ahí?

—Claro, busca allá atrás —me señaló un armario tras los sillones de comando. Levanté una tapa que se deslizaba hacia arriba. Apareció una pequeña despensa llena de envases de un material que parecía madera, marcados con signos extraños.

—Trae el más ancho. No supe cómo abrirlo, parecía hermético. Ami reía ante mi confusión.

—Oprime el punto rojo.

Al hacerlo, se levantó suavemente la tapa. Aparecieron unas frutas parecidas a las nueces, de color ambarino claro, algo transparentes.

—¿Qué son estas cosas?

—Come una.

La tomé, era blanda como esponja, la probé con la punta de la lengua. Tenía un sabor más bien dulce. .

—Come, hombre, come, que no es veneno —Ami no se perdía ninguno de mis movimientos.

—Pásame una.

Le acerqué el envase y tomó una de las frutas, se la echó a la boca y la comió con deleite. Mordí un poquito y lo saboreé con cuidado. Tenía un gusto como a maní, nueces o avellanas. Su sabor era muy delicado, me gustó. Fui adquiriendo confianza. El segundo bocado me pareció exquisito.

—¡Son muy sabrosas!

—No comas más de tres o cinco, tienen demasiadas proteínas.

—¿Qué cosa es esto?

—Es una especie de miel —reía Ami— de algo así como abejas —ahora reía más.

—Me gusta. ¿Puedo llevarle algunas a mi abuelita?

—Claro, pero deja aquí el envase. Sólo a tu abuelita, a nadie más se las muestras, cómanlas todas, no guardes ninguna, ¿prometido?

—Prometido... mmmm... son deliciosas.

—No tanto, para mi gusto, como unas frutas de la Tierra.

—¿Cuáles?

—Esas que llaman damascos o albaricoques.

—¿Te gustan?

—Claro, en mi planeta son muy apreciadas. Hemos intentado adaptarlas a nuestros suelos, pero sin obtener todavía ese sabor. Es frecuente la aparición de «ovnis» en las plantaciones de damascos... —Ami reía con sus carcajaditas de bebé.

—¿Ustedes se los roban? —pregunté, con gran sorpresa.

—¿Robar... qué es robar? —fingía no saberlo.

—Tomar lo que pertenece a otro.

—Ah, pertenencia, de nuevo. Entonces no podemos evitar las «malas costumbres» de nuestros mundos —reía nuevamente y nos «robamos» unos cinco o diez damascos...

Me hizo gracia, aunque algo no me gustaba. Robar es robar, ya sea una fruta o un millón de dólares. Se lo dije.

—¿Por qué no dejan en la Tierra que quien necesite algo lo tome, sin pagar? —preguntó Ami.

—¿Estás loco? Nadie se tomaría la molestia de trabajar, si no va a ganar nada...

—No tienen amor entonces, sino egoísmo... no pueden dar si no van a recibir algo a cambio.

Ami tenía un estilo muy especial para decir cosas duras, con una sonrisa, con ternura y comprensión. Imaginé que yo era el dueño de una plantación dedicada al cultivo de damascos. Llegaba la gente y tomaba mis frutas sin pagar nada, luego aparecía un «pillo» que se aprovechaba de mí; venía con un camión a llevarse todas mis frutas. Yo intentaba protestar, pero él se alejaba con su vehículo lleno y burlándose me decía:

—¿Qué, no hay amor en ti?... eres egoísta, ja, ja, ja.

—¡Puf cuánta desconfianza! —Ami vio toda mi «película» mental y dijo:

—En una sociedad civilizada nadie «se aprovecha» de nadie. ¿Qué va a hacer ese hombre con el camión lleno de frutas?

—Venderlas, claro...

—Nada se vende; no hay dinero...

Aquello me hizo gracia, no había recordado que no existe el dinero en un mundo civilizado.

—Está bien, pero ¿por qué voy a trabajar por nada?

—Si hay amor en ti, vas a estar dichoso de poder servir a los demás, y así tienes derecho a ser servido, puedes ir donde el vecino y tomar de su siembra lo que necesites; del lechero tomas leche, del panadero el pan, y así sucesivamente; y si en lugar de hacerlo todo en forma aislada y desordenada, la sociedad se organiza y se llevan los productos a los centros de distribución, y si en lugar de trabajar tú, lo hacen las máquinas...

—¡Nadie haría nada!...

—Siempre habría algo que hacer: supervisar las máquinas, crear otras más perfectas, ayudar a quienes nos necesitan, perfeccionar nuestro mundo y a nosotros mismos, y también disfrutar del tiempo libre.

—Pero no faltaría el que sólo quiere aprovechar y no hacer nada, el «pillo» —afirmé, recordando al hombre del camión.

—Ese, a quien calificas de «pillo», tiene un bajo nivel de evolución, menos de cuatrocientas medidas, mucho egoísmo y muy poco amor; en realidad, se cree pillo, astuto, inteligente, pero es muy tonto; con ese nivel no se puede ingresar a mundos civilizados, en ellos se considera un gran privilegio trabajar más, poder servir más. Aquí, mucha gente se divierte, pero la mayoría está trabajando en otros lugares, en laboratorios, universidades, en todas esas pirámides y también en misiones de servicio en planetas incivilizados. La vida es para ser feliz, para disfrutarla, pero la

máxima felicidad se obtiene sirviendo a los demás...

—Entonces esta gente... ¿es perezosa?

Por la risa de Ami supe que otra vez me equivocaba.

—No, no lo es. Sucede que las oportunidades de servir son escasas en estos mundos.

—¿Cuántas horas diarias trabajan?

—Depende del tipo de labor, si es agradable, podemos trabajar jornadas completas, como yo en este momento... pero esto es un gran privilegio.

—¿Tú trabajando; en qué estás trabajando?... yo veo que estamos paseando —Ami reía escuchándome.

—Yo soy algo así como profesor o mensajero, es lo mismo casi.

No me pareció que fuese lo mismo. En ese momento vi a dos jóvenes que forcejeaban la ventana de una pirámide submarina; intentaban entrar a robar. Ami captó mis pensamientos y rió.

—¡Están limpiando los vidrios!... Tienes la imaginación llena de delito...

—¿Cómo es aquí la policía?

—Policía; ¿para qué?

—Para cuidar, para evitar que los malos...

—¿Cuáles malos?

—¿No hay ningún malo aquí?

—Bien, nadie es perfecto, pero con setecientas medidas, la información y los estímulos precisos, y dentro de un sistema de organización social apropiado, todos dejan de ser nocivos para sus semejantes; ya no se necesita ser «malo», y tampoco a la policía...

—¡Es increíble!

—Increíble es que en un mundo se maten unos a otros...

—Tienes razón. Ahora que lo pienso, me parece imposible que algún día, en la Tierra lleguemos a vivir como ustedes; somos malos, nos falta amor; a mí mismo, hay gente que no me gusta —pensé en un compañero de colegio que está siempre serio. Cuando uno está entusiasmado o jugueteando, basta una mirada suya para que se venga el ánimo a los pies. También recordé a otro que se cree santo; afirma que la Virgen se le aparece y le dice que él se irá al Cielo; siempre está condenándonos porque hacemos algunas travesuras y bromas y porque no vamos mucho a Misa... no, definitivamente no me gusta.

—A mí tampoco me resultan agradables todas las personas de mi mundo o de cualquier otro, pero no porque no me parezcan simpáticas voy a hacerles algún daño.

—¿En serio; tienes defectos? —me entusiasmé— ¡yo creía que tú eras perfecto!

—Yo tampoco les haría daño a ese par de sacos de plomo... pero no me obligues a vivir con ninguno de ellos... En los mundos evolucionados hay almas que no se atraen, pero tampoco se rechazan. Para misiones o trabajos de larga convivencia se buscan personas afines, aunque al llegar a las mil quinientas medidas se ama a toda la gente; debemos intentar avanzar por ese camino, pero ni a ustedes ni a nosotros se nos exige tanto por el momento.

—¿Entonces, no es necesario que los terrícolas seamos perfectos?

Ahora sí que rió con ganas mi amiguito espacial.

—¡Los terrícolas perfectos!... ¿Sabes tú qué es ser perfecto?

—¿Ser como Dios?

—Eso mismo. ¿Quién puede? Yo no...

—Yo tampoco —dije.

—Es típico de la mitomanía terrestre, del extremismo mental. Se matan sin compasión, torturan, engañan, se esclavizan a lo material, tienen un bajo nivel evolutivo ¡y exigen perfección!... Bastaría con que bajaran las armas y vivieran en paz, como una familia, sólo eso; para lograrlo no necesitan ser perfectos, sólo deben dejar de ser dañinos. Eso es mucho más fácil que lograr la perfección. Sólo un «clap» de los dedos y el mundo comienza a vivir en paz, pero les parece una locura, una utopía, un imposible; en cambio, LA PERFECCION, eso sí les parece posible... No hacen nada por la humanidad y sólo se dedican a buscar pequeñas faltas ajenas o propias: «cuelan mosquitos y tragan camellos»...

—¿Y si uno se retira a una montaña a buscar a Dios? —mi colegio es religioso, por eso se tocan siempre esos temas.

—Si alguien se ahoga en un río mientras tú rezas en la orilla sin hacer nada por esa persona, ¿estará Dios complacido contigo? —preguntó Ami.

—No sé... tal vez mis oraciones le complazcan...

—¿Cuál es la Ley fundamental del universo?

—Amor.

—¿En qué actitud tuya hay más amor, rezando indiferente mientras tu hermano se ahoga, o intentando salvarle la vida?

—No sé... si en mi oración estoy amando a Dios...

—Veámoslo de otro modo. Si tú tienes dos hijos, uno se está ahogando en un río, el otro se dedica a adorar un retrato tuyo y no hace nada por salvar a su hermano, ¿te parece correcta esa actitud?

—No, por supuesto que no, preferiría mil veces que salvara a mi otro hijo... pero tal vez Dios no sea como yo.

—¿No? ¿Te lo imaginas vanidoso, interesado simplemente en que lo adoren, indiferente por la suerte de sus otros hijos?... Si tú, que eres imperfecto, no actuarías así, ¿cómo podría El, que es Perfecto, ser peor que tú?

—No lo había visto de ese modo...

—Dios prefiere un no creyente servicial con sus hermanos, que un beato inútil para su mundo que «se ahoga», interesado solo por su ilusoria «salvación», «evolución» o «perfección» individual.

—No me había dado cuenta, Ami, ¿por qué sabes tanto acerca de Dios?

—Porque Dios es amor, por lo tanto, quien experimenta amor experimenta a Dios, y quien ama, sólo quiere ser útil.

—¿Qué religión es la tuya?

—Ninguna, o tal vez sí, no sé... En todo el universo evolucionado la única religión, la religión universal, consiste en vivir en amor, porque el amor es Dios... aparte de eso, no tenemos ningún

sistema de creencias.

—Excepto una —dije.

—¿Cuál, Pedrito?

—Bueno, eso de que el amor es el universo fundamental. De la ley...

—Ley fundamental del universo, Pedrito, pero no es una creencia, sino una ley, comprobada científica o espiritualmente, porque ciencia o espiritualidad es lo mismo para nosotros, también lo será para ustedes cuando vuestra ciencia descubra el amor.

—Yo pensé que era una...

—¿Una superstición? —preguntó Ami riendo.

—Algo así... una buena intención tal vez.

—Te equivocaste de nuevo. Vamos a ver unas personas muy especiales...

Salimos del agua y nos dirigimos a gran velocidad hacia la superficie del planeta Ofir; al poco tiempo llegamos a unas edificaciones. Nos detuvimos en el aire y casi me desmayo con lo que vi: varias personas... ¡vo-la-ban!

Estaban suspendidas en el aire con los brazos abiertos, algunos, verticalmente, otros, en posición horizontal. Todos tenían los ojos cerrados y sus rostros denotaban gran dulzura y concentración. Se deslizaban como águilas describiendo inmensos círculos. Ami accionó el «sensómetro» y enfocó a uno de ellos.



—Vamos a ver su nivel de evolución.

Apareció el hombre muy transparente. La luz de su pecho era un espectáculo maravilloso, traspasaba los límites de su cuerpo irradiando una esfera de luz que lo rodeaba y se extendía mucho más allá de él.

—Experimentan con la fuerza más poderosa del universo: la fuerza del amor —me explicó.

—¿Cómo pueden volar? —pregunté fascinado.

—El amor los eleva, algo así hicimos nosotros en la playa.

—Deben tener una cantidad bárbara de medidas...

—Estas personas tienen alrededor de mil medidas, pero se concentran en el amor y logran superar las dos mil. Estos son ejercicios espirituales; cuando terminan la práctica vuelven a su nivel habitual. Hay mundos en los que sus habitantes viven normalmente como ellos ahora, pero hay otros a los que ni tú ni yo podemos llegar por el momento; allí habitan seres que superan las diez mil medidas: los seres solares, son amor casi puro...

—¿Seres solares?!

—Claro, los habitantes de los soles...

—Jamás lo hubiera imaginado...

—Es natural, nadie puede mirar más arriba del escalón sobre el que se encuentra... Vamos a ver ese grupo que está más allá.

A lo lejos había unas cincuenta personas sentadas en el prado formando un círculo; al igual que los hombres que volaban, parecían brillar a simple vista. Tenían las piernas cruzadas y la espalda recta, meditaban u oraban.

—¿Qué hacen?

—Envían hacia mundos menos evolucionados de la galaxia, algo así como mensajes telepáticos, pero no se perciben sólo con la mente, es imprescindible también el corazón.

—Me hablaste de eso. ¿Qué dicen esos mensajes?

—Procura poner atención a tu pecho, calma tus pensamientos y tal vez los recibas. Estamos muy cerca de la fuente de emisión... no, así no; relaja tu cuerpo, cierra tus ojos y permanece atento.

Así lo hice. Al principio no sentí nada, excepto una emoción especial desde que nos acercamos al lugar, pero luego me invadieron unos «sentimientos-ideas»:

*«Todo aquello que en Amor no se sustente
ha de ser destruido,
olvidado en el tiempo,
repudiado...».*

Una especie de claridad interior me llegaba, luego mi mente ponía palabras a esas sensaciones. Era algo muy extraño y hermoso.

*«Y todo aquello que en Amor se sustente,
amistad o pareja,
familia o agrupación,
gobierno o nación,
alma individual o humanidad,
será firme y seguro
ha de prosperar y fructificar*

y no conocerá destrucción...».

Yo podía casi «ver» al Ser que decía aquello; para mí no se trataba de esas personas, para mí era Dios quien hablaba.

«Ese es mi Pacto,
esa es mi Promesa y mi Ley».

—¿Captaste, Pedrito? —me preguntó Ami. Abrí los ojos.

—Oh, sí... ¿de qué se trata todo esto?

—Esos mensajes provienen desde lo Profundo, desde Dios. Estos amigos que ves aquí, los reciben y retransmiten a los mundos menos evolucionados, como el tuyo, allí los captan otras personas, pero no siempre los retransmiten con pureza, porque ella depende del nivel de conciencia del receptor.

—¿Nivel de conciencia? ¿Qué es eso, Ami?

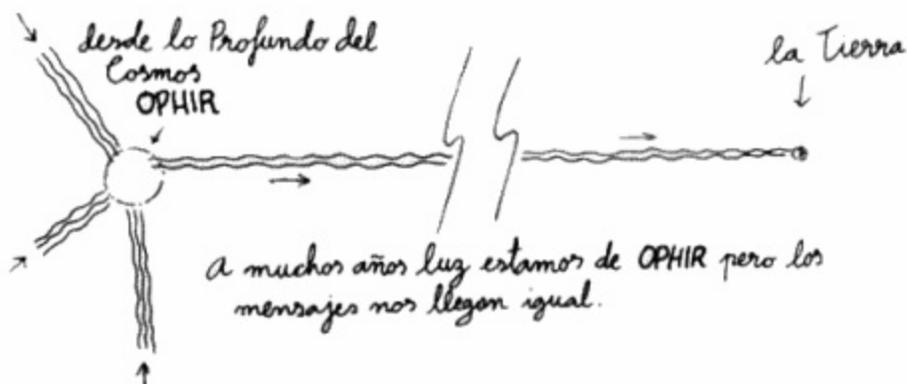
—El grado de equilibrio entre los dos cerebros, Pedrito, él hace que los mensajes puedan ser utilizados para lo que realmente son: crear una Nueva Era, o deformados para aumentar la confusión, el miedo y la violencia.

—¿Nueva Era?

—Sí, la Era de Acuario.

—¿Qué es eso de la Era de Acuario?

—Una nueva etapa evolutiva del planeta Tierra, el fin de milenios de barbarie, una Nueva Era de amor. Tu planeta comienza a ser regido por energías cósmicas y geológicas más sutiles, que favorecen el crecimiento del amor en todos los seres. Ustedes ya podrían vivir como aquí, en Ofir.



—¿Y por qué no lo hemos hecho todavía, Ami?

—Porque continúan guiándose por viejas ideas y sistemas que no se adaptan a los nuevos tiempos y sólo hacen sufrir a la gente de tu mundo. Pero los seres han nacido para ser felices, Pedrito, no para sufrir. Por eso estamos trabajando en este «plan de ayuda». ¿No has notado que en la Tierra últimamente se habla mucho de amor?

—Sí, es verdad.

—Ello se debe a que en esta «Era de Acuario» muchas personas reciben estos mensajes y la mayoría siente la fuerza de la radiación de amor, que ahora es mayor.

—Entonces ¿Por qué hay más sufrimiento ahora en la Tierra? En otras épocas hubo guerras mundiales, miseria, pestes...

—Sí, pero la gente era más insensible, sufría menos ante las atrocidades, creía en las guerras, hoy ya no; hoy, la inmensa mayoría sólo quiere vivir en paz. Es una «nueva hornada humana», producto de radiaciones más finas, y sufren más, porque a mayor sensibilidad, mayor sufrimiento ante el dolor... lamentablemente.

Nos alejamos a una tremenda velocidad de aquel lugar impregnado de extrañas vibraciones espirituales.

—¿Cuántas horas nos quedan, Ami?

—Dos.

—¡Qué raro! Yo siento como si hubiéramos estado unas doce horas en esta nave, desde que me subí en la playa...

—Te dije que el tiempo se estiiira... Vamos a ir al «cine».

Habíamos llegado a la zona nocturna del planeta Ofir, pero todo se veía muy iluminado por multitud de fuentes de luz artificial en los prados y edificaciones. Observé algo como un cine al aire libre, con muchos espectadores. La pantalla era una lámina de cristal sobre la que aparecían imágenes en colores, juegos de formas y matices al compás de una música suave. Frente a la pantalla había un asiento especial, destacado del resto; sobre él se encontraba una mujer con algo parecido a un casco en la cabeza, permanecía con los ojos cerrados, muy concentrada.

—¿De qué se trata, Ami?

—Lo que ella imagina, aparece en la pantalla... Es un «cine» que no necesita filmadoras ni proyectores.

—¡Pero esto es demasiado maravilloso! —exclamé.

—Técnica —dijo Ami—, simple técnica.

La mujer terminó de presentar su espectáculo; un hombre tomó su lugar, mientras el público aplaudía. Comenzó a escucharse otra música, en la pantalla se vieron unas aves estilizadas que volaban al compás de la música sobre parajes que parecían de cristal o piedras preciosas. Aquello era muy bonito, algo así como dibujos animados. Estuvimos largo rato contemplando en silencio aquella maravilla extraterrestre. Después llegó un niño, presentó una historia de amor entre él y una chica de otro mundo; ocurría en diversos y extraños planetas. Las imágenes, menos precisas que las anteriores, a veces se esfumaban en forma total. Pregunté a qué se debía eso.

—Es un niño, no tiene todavía la capacidad de concentración de un adulto, pero lo hace muy bien para su edad.

—¿La música también la imaginan?

—Las imágenes y la música al mismo tiempo, no; no en este mundo, pero hay otros en los que sí pueden lograr tal proeza; en Ofir existen salas de conciertos en las cuales el artista simplemente imagina la música y el público la escucha... ¿Quieres ir a un parque de diversiones?

—¡Claro!

—Mira allá abajo.

Llegamos a un mundo de fantasía, todo tipo de entretenimientos: gigantescas montañas rusas, lugares en los que la gente quedaba levitando mientras se moría de la risa; imitación de lugares fabulosos y seres fantásticos.

—Mientras mayor es la evolución, más se es como un niño —me explicó Ami—; en estos mundos tenemos muchos lugares como éste. Un alma adulta es un alma de niño. Necesitamos de juego, de fantasía, de creación... No hay juego, fantasía o creación mayor que el universo, cuyo Creador es el amor...

—¿Dios?

—El amor es Dios... en nuestros idiomas tenemos una sola palabra para referirnos al Creador, a la Divinidad, a Dios; esa palabra es amor... y la escribimos con mayúscula, ustedes también lo harán algún día.

—Cada vez más me doy cuenta de la importancia del amor.

—Y sabes muy poco todavía... Vamos, terminó la visita a Ofir, este mundo que vive como ustedes podrían hacerlo a partir de mañana mismo si se unieran, nosotros les enseñaríamos el resto. Ahora vamos a un mundo que ni tú ni yo podemos alcanzar todavía, sólo visitar fugazmente con algún propósito noble, como éste. Allá, nadie baja de dos mil medidas. El viaje es largo, lo aprovecharé para contarte algunas otras cosas; siéntate en ese sillón.

Ami accionó los controles, la nave vibró con suavidad, las estrellas parecieron alargarse y tras los vidrios apareció la neblina que indicaba que íbamos hacia un mundo lejano.



—Dijiste que hay personas a las que te es difícil amar, ¿verdad, Pedrito?

—Sí.

—¿Es malo no amar?

—Sí —respondí.

—¿Por qué?

—Porque tú dijiste que el amor es la Ley, y todo eso.

—Olvídate de lo que yo te dije. Supongamos que te estoy engañando, o que estoy equivocado.

Imagina un universo sin amor.

Comencé a visualizar mundos en los que nadie amaba a nadie. Todos eran fríos y egocéntricos, porque al no haber amor, no hay freno al ego, como decía Ami. Todos luchaban contra todos y se destruían... Recordé las energías que había mencionado Ami, ésas, capaces de producir un descalabro cósmico; imaginé un ego herido y suicida oprimiendo «el botón», sólo por venganza... ¡estallaban las galaxias en una reacción en cadena!...

—Si no hubiera amor, no habría universo —deduje.

—¿Podríamos decir entonces que el amor construye y que la falta de amor destruye?

—Creo que sí —contesté—, al final resulta eso.

—¿Quién creó el universo?

—Dios.

—Si el amor construye y Dios «construyó» el universo, ¿habrá amor en Dios?

—¡Claro! Me llegó la imagen de un ser maravilloso y resplandeciente, que por amor creaba galaxias, mundos, estrellas...

—Procura sacarle la barba otra vez —rió Ami. Era verdad; nuevamente lo había imaginado con barba y rostro humano; pero ahora no en las nubes, sino en medio del universo.

—Entonces podemos decir que Dios tiene mucho amor...

—Por supuesto —dije— por eso no le gustan el odio ni la destrucción...

—Bien, ¿para qué creó Dios el universo?

Pensé largo rato y no supe la respuesta. Luego protesté:

—¿No crees que soy muy pequeño para responder esa pregunta?

Ami no me hizo caso.

—¿Para qué le vas a llevar esas «nueces» a tu abuelita?

—Para que las pruebe... le van a gustar.

—¿Quieres que le gusten?

—Claro.

—¿Por qué?

—Para que le gusten... para que esté contenta...

—¿Por qué quieres que esté contenta?

—Porque la amo —me sorprendí yo mismo al comprobar que otra de las características del amor es desear la felicidad de aquéllos a quienes amamos.

—¿Por eso quieres que le gusten las «nueces», que esté contenta, que sea feliz?

—Sí, por eso.

—¿Para qué crea Dios gente, mundos, paisajes, sabores, colores, aromas?

—¡Para que seamos felices! —exclamé, contento por haber comprendido algo que ignoraba.

—Muy bien... entonces ¿nos ama Dios?

—Claro, nos ama mucho.

—Entonces, si Él ama, nosotros deberíamos también amar...

—Sí, si Dios ama...

—Perfecto. ¿Hay algo superior al amor?

—Tú dijiste que era lo más importante...

—Y también dije que olvidarás lo que había dicho —sonrió—, hay quienes opinan que es superior el pensamiento. ¿Qué vas a hacer para darle esas «nueces» a tu abuelita? —Veré cómo le preparo una sorpresa.

—Y vas a utilizar tu intelecto para eso, ¿verdad?

—Claro, voy a pensar un plan.

—Entonces tu intelecto sirve a tu amor, ¿o al revés?

—No entiendo.

—¿Cuál es el origen de querer que tu abuelita sea dichosa; tu amor o tu pensamiento?

—¡Ah! Mi amor, de allí nace todo. «De allí nace todo», tienes mucha razón...

—Entonces, primero amas y después utilizas tu pensamiento para hacer feliz a tu abuelita, ¿verdad?

—Tienes razón, pongo mi intelecto al servicio de mi amor; primero está el amor.

—Entonces, ¿qué hay por sobre el amor?

—¿Nada? —pregunté.

—Nada —respondió. Se volvió hacia mí con una mirada luminosa—. Y si comprobamos que Dios tiene mucho amor, ¿qué es Él?

—No sé.

—Si hay algo mayor que el amor, Dios debe ser eso.

—Creo que sí.

—¿Y qué es mayor que el amor?

—No sé...

—¿Qué dijimos que había por sobre el amor?

—Dijimos que no había nada.

—Entonces, ¿qué es Dios? —preguntó.

—¡Ah! «Dios es amor», tú lo has dicho varias veces, y la Biblia también lo dice... pero yo pensaba que Dios era una persona con mucho amor...

—No. No es una persona con mucho amor; Dios es el amor mismo, o el amor es Dios.

—Creo que no entiendo, Ami.

—Te dije que el amor es una fuerza, una vibración, una energía cuyos efectos pueden ser medidos con los instrumentos apropiados, como el «sensómetro», por ejemplo.

—Sí, lo recuerdo.

—La luz también es una energía o vibración.

—¿Sí?

—Sí, y los rayos equis, infrarrojo y ultravioleta, y también el pensamiento, todo es vibración de la misma «cosa» a diferentes frecuencias. Mientras más alta la frecuencia, más fina es la materia o energía. Una piedra y un pensamiento es la misma «cosa» vibrando a distintas frecuencias...

—¿Qué es esa cosa? —pregunté.

—Amor.

—¿En serio?

—En serio todo es amor, todo es Dios.

—¿Entonces Dios creó el universo con puro amor?

—Dios «creó» es una forma de decir, la verdad es que Dios «se transforma» en universo, en piedra, en ti y en mí, en estrella y en nube.

—Entonces ¿yo soy Dios?

Ami sonrió con ternura y dijo:

—Una gota de agua de mar no puede decir que ella es el mar, aunque esté compuesta de lo mismo. Tú estás hecho de la misma sustancia que Dios, eres amor. La evolución nos permite ir reconociendo y recuperando nuestra verdadera identidad: amor.

—Entonces yo soy amor...

—Claro, apúntate hacia ti mismo.

—No te entiendo, Ami.

—Cuando dices «yo» ¿dónde te indicas, en qué parte de tu cuerpo? Indícate diciendo «yo».

Me apunté el centro del pecho diciendo «yo».

—¿Por qué no te indicaste la punta de la nariz, por ejemplo, o la frente, o la garganta?

Me pareció cómico imaginarme apuntando hacia otro lugar que no fuese el pecho.

—No sé por qué me apunto aquí —dije riendo.

—Porque ahí estás, realmente, tú. Tú eres amor, y tienes tu morada en tu corazón. Tu cabeza es una especie de «periscopio», como en un submarino; te sirve para que tú —me apuntó el pecho— puedas percibir el exterior, un «periscopio» con un «computador» en su interior: tu cerebro, con él entiendes y organizas tus funciones vitales; las extremidades te sirven para trasladarte y manipular objetos, pero tú estás aquí —volvió a tocarme un punto en el centro del pecho—, tú eres amor. Entonces, cualquier acto que realices en contra del amor es un acto contra ti mismo y contra Dios, que es amor, es por eso que la Ley fundamental del universo es amor, que el amor es la máxima posibilidad humana y que el Nombre de Dios es Amor. Por lo tanto, la Religión Universal consiste en experimentar y entregar amor. Esa es mi religión, Pedrito.

—Ahora sí que se me aclaró todo, muchas gracias, Ami.

—Agradecimiento es uno de los doce «frutos» del «Árbol de la Vida».

—¿Por qué «Árbol de la Vida»?

—Porque del amor nace la vida ¿no has escuchado acerca de «hacer el amor»?

—¡Cierto! ¿Cuáles son esos doce frutos?

—Verdad, libertad, justicia, sabiduría, belleza, son algunos de ellos. Intenta tú ir descubriendo los demás y procura ponerlos en práctica.

—¡Puf! No es fácil.

—Nadie te pide perfección, Pedrito, ni siquiera a los seres solares se les pide tanto... Sólo Dios es perfecto, amor puro, pero nosotros somos una chispa de amor divino y debemos tratar de acercarnos a lo que realmente somos. Ser nosotros mismos, eso es lo que se nos pide para ser libres; no existe otra libertad.

Apareció un color rosado en las ventanas.

—Hemos llegado, Pedrito, mira por la ven...

El interior de la nave quedó bañado por el color suave de ese cielo rosa, más bien lila claro. Me sentí lleno de reverente espiritualidad. Mi mente dejó de ser la habitual, y me resulta muy difícil explicar cómo fue cambiando mi conciencia. Yo no me veía a mí mismo como el «yo» de ahora, no era un niño terrestre, sino mucho más que eso. Sentí que aquello que estaba viviendo, de alguna forma ya lo había vivido, no me eran desconocidos aquel mundo ni aquel momento. Ami y la nave desaparecieron, estaba solo, llegando desde muy lejos a un encuentro largamente esperado.

Descendí flotando desde nubes rosadas y luminosas, no había ningún sol allí, todo era demasiado suave. Apareció un paisaje idílico: una laguna rosa en la que se deslizaban unas aves parecidas a cisnes, blancos tal vez, pero el lila del cielo bañaba todo. Alrededor de la laguna había hierbas y juncos de diferentes tonalidades de verde, naranja y amarillo-rosa. En los alrededores, a lo lejos, se veían suaves colinas tapizadas de follajes y de flores que parecían pequeñas gemas brillantes de diversos colores y tonalidades. Las nubes presentaban variados matices de rosado y lila.

No supe si yo estaba en ese paisaje, o él dentro de mí, o tal vez formábamos una unidad, pero lo que más me sorprende hoy, es que el follaje... ¡cantaba! Unas hierbas y flores se mecían emitiendo notas musicales al son de su balanceo, otras, lo hacían en un sentido diferente, emitiendo notas distintas. Aquellas criaturas eran conscientes, los juncos, hierbas y flores cantaban y se mecían a mi alrededor y en las colinas cercanas; formaban el concierto más maravilloso que yo haya jamás escuchado. Todo era armonía consciente.



Pasé flotando por sobre la orilla de las aguas. Una pareja de cisnes con varios hijos pequeños, me miró desde sus antifaces azules con finura y respeto; me saludaron doblando con elegancia sus largos cuellos. Correspondí inclinándome apenas, pero con gran afecto. Los padres ordenaron a sus pequeños que también me saludaran, creo que lo hicieron a través de una orden mental o un levísimo movimiento; los hijos obedecieron doblando también sus cuellos, aunque no con tanta elegancia ni armonía; por un momento perdieron el equilibrio, pero luego recuperaron la estabilidad y continuaron avanzando con cierta arrogancia infantil que me produjo ternura. Les

respondí con cariño, simulando gran ceremoniosidad.

Proseguí mi marcha flotando hacia el lugar del encuentro. Tenía una cita desde la eternidad de los tiempos: iba a encontrarme con «ella». Apareció a lo lejos una especie de pagoda o pérgola flotando junto a la orilla. Tenía un techo al estilo japonés, sujeto por delgadas cañas entre las que subían enredaderas de hojas rosadas y flores azules que hacían las veces de paredes. Sobre el piso de madera pulida había almohadones de anchas franjas de colores; desde el techo colgaban pequeños adornos, como incensarios de bronce u oro y jaulitas para grillos.

Sobre los almohadones se encontraba «ella», la sentí cercana, inmensamente cercana, sin embargo, era la primera vez que íbamos a unirnos... No nos miramos a los ojos, queríamos alargar los momentos previos, no había que apresurar nada... tantos milenios habíamos esperado ya...

Hice una reverencia a la que ella respondió sutilmente; entré, nos comunicamos, pero no con palabras, hubiera sido demasiado vulgar, poco armonioso con ese mundo y con aquel encuentro tan anhelado. Nuestro lenguaje consistió en un ritual artístico de leves movimientos de brazos, manos o dedos, acompañados de algún sentimiento que proyectábamos vibratoriamente. Cuando el lenguaje hablado es insuficiente, el amor nos pide otras formas de comunicación...

Llegó el momento de mirar aquel rostro ignorado: era una hermosa mujer de facciones orientales y piel de un azul claro. Cabellos muy negros con partidura al centro. Tenía un lunar en medio de la frente.

Sentí mucho amor por ella, y ella por mí. Llegaba el momento culminante. Acerqué mis manos a las suyas... y todo desapareció.

Estaba junto a Ami, en la nave, la neblina luminosa y blanca indicaba que nos íbamos de aquel mundo.

—... tana... oh, ya regresaste —dijo Ami.

Supe que todo aquello había ocurrido en una fracción de segundo, entre el «ven» y el «tana» de la palabra «ventana» que Ami pronunció apenas apareció el color rosado tras los vidrios. Sentí angustia, como quien despierta de un sueño hermoso y se enfrenta a una opaca realidad... ¿o era al revés? ¿No sería esto un mal sueño y lo otro, la realidad?

—¡Quiero volver! —grité. Ami cruelmente me había separado de «ella», desgarrándome, no podía hacerme eso. Aún no recobraba mi mente habitual, el otro «yo» estaba sobrepuesto a mi vida real. Por un lado era Pedro, un niño de nueve años; por otro lado era un ser... ¿por qué no podía recordarlo ahora?

—Ya habrá tiempo —con suavidad me tranquilizó Ami—, vas a volver... pero no todavía...

Logré calmarme. Supe que era verdad, que volvería, recordé esa sensación de «no apresurar las cosas» y me quedé tranquilo. Poco a poco fui retornando a mi normalidad, pero nunca más volvería a ser el mismo, ahora había vislumbrado otra dimensión de mi propio ser... Yo era Pedro, pero sólo momentáneamente, por otro lado era mucho más que Pedro.

—¿En qué mundo estuve?

—En un mundo situado fuera del tiempo y del espacio... en otra dimensión... por ahora.

—Yo estaba allí, pero no era el de siempre... era «otro»...

—Viste tu futuro, lo que serás cuando completes tu evolución hasta cierto límite... dos mil medidas, más o menos.

—¿Cuándo será eso?

—Te falta nacer, morir, nacer varias veces, varias vidas...

—¿Cómo es posible ver el futuro?

—Todo está escrito. La «novela» de Dios ya está escrita, te saltaste unas cuantas hojas y leíste otra página, eso fue todo. Era necesario, es un pequeño estímulo para que renuncies definitivamente a la idea de que todo termina con una muerte más, y para que lo escribas y otros lo sepan.

—¿Quién era esa mujer? Siento que nos amamos, incluso ahora.

—Dios te la pondrá muchas veces a tu lado. A veces la reconocerás, a veces no, depende de tu «cerebro del pecho». Cada alma tiene un único complemento, una «mitad».

—¡Tenía la piel azul!

—Y tú también, sólo que no te miraste en un espejo —Ami volvió a reírse de mí.

—¿Ahora la tengo azul? —me miré las manos intranquilo.

—Claro que no. Ella tampoco ahora...

—¿Dónde está ella en este momento?

—En tu mundo...

—¡Llévame a ella, quiero verla!

—¿Y cómo la vas a reconocer?

—Tenía rostro de japonesa... aunque no recuerdo sus rasgos... tenía un lunar en la frente...

—Te dije que ahora no es así —reía Ami—, en estos momentos ella es una niña común y corriente.

—¿Tú la conoces; sabes quién es?

—No te apresures, Pedrito, recuerda que la paciencia es la ciencia de la paz, de la paz interior... no quieras abrir antes de tiempo un regalo sorpresa. La vida te irá guiando... Dios está detrás de cada acontecimiento...

—¿Cómo la reconoceré?

—No con la mente, no con el análisis, no con el prejuicio, sólo con tu corazón, con amor.

—Pero ¿cómo?

Obsérvate siempre, especialmente cuando conozcas a alguien, pero no confundas lo interno con lo externo... Nos queda poco tiempo por delante. Tu abuelita va a despertar, debemos volver.

—¿Cuándo regresarás?

—Escribe el libro, luego volveré.

—¿Pongo lo de la «japonesita»?

—Pon todo, pero no olvides decir que es un cuento.

Apareció la atmósfera azul de mi planeta. Estábamos sobre el mar acercándonos a la costa, el sol ya había asomado sobre el horizonte, tras la cordillera lejana y extendía sus dorados rayos por entre las nubes de plata. El cielo azul, el mar brillante, las montañas, a lo lejos.

—Mi planeta es hermoso, a pesar de todo.

—Te lo dije, es maravilloso, y ustedes no se dan cuenta, no sólo no se dan cuenta, sino que además lo están destruyendo, y a ustedes mismos también. Si comprenden que el amor es la Ley del universo; si se unen como una sola familia, sin fronteras, y si se organizan de acuerdo al amor, lograrán sobrevivir.

—¿Sin países?

—Los países pasarían a ser «provincias» representadas en un solo Gobierno Mundial, como en el universo civilizado...

—¿No son todos hermanos? ¿Qué quiere decir organizarse de acuerdo al amor?

—Como se organizan las familias de cualquier lugar: todos participan de los esfuerzos y de los beneficios equitativamente. Si son cinco personas y hay cinco manzanas, una para cada uno. Es sumamente sencillo. Cuando no hay amor, el intelecto se pone al servicio del ego y enreda las cosas para justificar su egoísmo. Cuando hay amor, todo es diáfano, transparente.

—Tengo sueño otra vez...

—Ven, te daré una nueva «carga», pero esta noche debes dormir.

Me recosté en un sillón. Ami puso nuevamente el cargador en la base de mi cabeza y me dormí. Desperté lleno de energía, contento de estar vivo.

—¿Por qué no te quedas conmigo algunos días, Ami?... iríamos a la playa...

—Me gustaría —dijo, acariciándome el pelo— pero tengo bastante que hacer, muchos ignoran la Ley, y no solamente en la Tierra...

—Eres muy servicial...

—Gracias al Amor. Sirve tú también, lucha por la paz y la unión, y descarta para siempre la violencia.

—Así lo haré, aunque hay algunos que se merecen un buen golpe en la nariz... —Ami rió.

—Tienes razón, pero éstos se dan el golpe en la nariz ellos.

—¿Cómo es eso?

—Las violaciones al amor se pagan multiplicadas. Recuerda el sufrimiento que se observa en tantos lugares, hay quienes padecen accidentes, pérdidas de seres queridos, «mala suerte», tantas cosas... así se pagan las violaciones al amor, y de muchas maneras más.

Apareció el balneario. Ami puso la nave unos metros por sobre la arena de la playa. Estábamos invisibles. Me acompañó hacia la salida, tras la sala de mandos, nos abrazamos. Yo tenía mucha tristeza, él también. Se encendieron unas luces amarillas que me encandilaron.

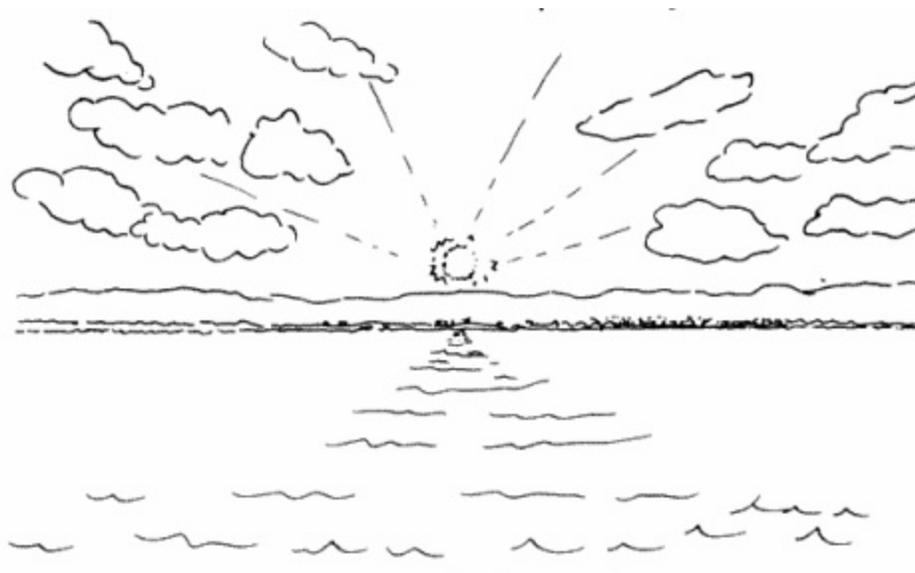
—Recuerda que el amor es el camino hacia la felicidad —me dijo, mientras sentí que iba descendiendo.

Llegué a la playa. Arriba no había nada, pero supe que Ami estaba mirándome, tal vez como

yo, con lágrimas en las mejillas.

No quise irme todavía. Con una rama dibujé un corazón alado en la arena de la orilla, para que supiera que había escuchado su mensaje. Inmediatamente después, algo trazó un círculo alrededor del corazón. Escuché la voz de Ami:

—Esa es la Tierra.



Me fui caminando hacia mi casa. Todo me parecía bonito; aspiré profundamente el aroma del mar, acaricié la arena, los árboles, las flores. No había reparado hasta entonces en lo hermoso que era el sendero, hasta las piedras parecían vibrar. Antes de entrar, miré el cielo de la playa. No había nada.

Mi abuelita aún dormía. Arreglé todo en mi habitación, hice como si me estuviera levantando, fui al baño a ducharme. Cuando salí, mi abuelita estaba en pie.

—¿Cómo durmió, hijito?

—Bien, abuelita. ¿Y usted?

—Mal, Pedrito... como siempre. No pegué un ojo en toda la noche...

No pude evitar abrazarla con cariño.

—Abuelita, te tengo una sorpresa; te la daré durante el desayuno.

Preparó el café y lo sirvió. Yo había puesto las «nueces» en un plato cubierto por una servilleta. Quedaban cinco o seis.

—Prueba esto, abuelita-le dije, acercándole el plato.

—¿Qué son, hijito?

—Son nueces extraterrestres, pruébalas, son ricas.

—¿Qué cosas dices, niño... a ver... mmmmm... ¡Qué rico! ¿Qué es?

—Ya te lo dije, nueces extraterrestres. No te comas más de tres, tienen demasiadas proteínas. Abuelita, ¿sabes cuál es la Ley mayor del universo? —Yo estaba radiante, le iba a dar una clase magistral...

—Claro que sí pues, hijo —contestó. Me preparé para sacarla de su error.

—¿Cuál es, abuelita?

—El amor, pues, Pedrito —respondió con mucha naturalidad. Yo quedé loco, ¿cómo podía saberlo?

—¿Y cómo lo sabes?! —exclamé incrédulo.

—Sale en la Biblia...

—Entonces, ¿por qué hay maldad y guerra, abuelita?

—Porque no todos lo saben, o no quieren saberlo.

Salí al pueblo. Al llegar a la plaza me quedé helado: frente a mí venían los dos policías de la noche anterior. Pasaron por mi lado ignorándome absolutamente. De pronto miraron hacia arriba, otras personas también lo hacían.

Allá, en lo alto, un objeto brillante se mecía cambiando luces de colores: rojas, azules, amarillas, verdes. Los policías se comunicaban por sus radios portátiles con la comisaría. Yo estaba contento y divertido. Sabía que Ami estaba mirándome por la pantalla, lo saludé alegremente con la mano. Un señor de edad madura y con bastón venía muy molesto por el alboroto:

—¡Un ovni, un ovni! —decían felices los niños. El señor de edad miró hacia lo alto y luego retiró la vista con desagrado.

—¡Gente ignorante, supersticiosa!... eso es un globo sonda, un helicóptero, un avión... ¡ovnis... qué ignorancia! —Y se alejó altivo por la calle con su bastón, sin volver a mirar el portentoso espectáculo que apareció en el cielo de aquella mañana.

Sentí en el oído la voz de Ami, el niño de las estrellas:

—Adiós, Pedrito.

—Adiós, Ami —respondí emocionado. El «ovni» desapareció.

Al otro día, los periódicos no mencionaron el hecho... es que esas alucinaciones colectivas han dejado de ser novedad, ya no son «noticia»... cada día aumenta el número de gente ignorante y supersticiosa...

En la playa de aquel balneario hay un corazón alado dentro de un círculo, grabado sobre una alta roca, la misma sobre la que conocí a Ami. Parece como si hubieran fundido la piedra para dibujar ese signo, nadie sabe cómo fue hecho. Cualquiera que llegue a ese lugar lo puede ver, pero es difícil subir a esa alta roca, especialmente para los adultos; un niño es más ágil, sobre todo, más liviano.

Algo acerca del autor y de Ami

Trotamundos casi desde la cuna, Enrique Barrios (1945) no buscaba «una situación en la vida», sino experimentar la vida desde muchas situaciones. Ello con la finalidad de intentar comprender el sentido de la existencia.

Transita libros, sendas interiores y caminos del mundo, esoterismo, maestros, experiencias gratas e ingratas, pero no logra encontrar el propósito de la vida.

En lugar de leer a los premiados con el Nobel, intuye que para sus fines, más práctico le resultaría desentrañar los misterios de la Biblia, el Tao Te King, el Bhagavad Gita, los Vedas; busca entre las páginas de Krishnamurti, Vivekananda, Blavatsky, Kayyam, Yogananda, etc., pero la falta de luz interior continúa.

Sin embargo quien busca persistentemente, encuentra. Ningún esfuerzo se pierde, por ello en 1984 alcanza lo que perseguía: obtiene una experiencia interior transcendental que le brinda muchas respuestas.

Intentando comunicar lo que ha recibido, aparece el escritor que dormía dentro de él.

Más próximo de Isaias, David, Kalil Gibran, Saint Exupery, Lao Tse o Richard Bach que de los escritores académicos. Utiliza la pluma para expresar verdades universales de índole espiritual.

Entre 1984 y 1985 escribe su primera obra: «Mensaje Acuariano». Hace circular fotocopias del libro entre autoridades en la ciencia del espíritu. Obtiene aprobación unánime. Sin embargo, a pesar de su sencillez, para el lector no iniciado en la materia la obra no resulta de fácil comprensión. Enrique Barrios descubre que para llegar a la mayoría debe simplificar todavía más el lenguaje, pero sin perder profundidad.

En agosto de 1985, a raíz de la aparición de unos objetos voladores no plenamente identificados, concibe la historia del niño venido de las estrellas. Desliza en sus palabras los conceptos fundamentales del «Mensaje Acuariano», pero además debe ahora imaginar mundos superiores y brindar respuestas a tantas preguntas acerca del tema «vida extraterrestre». Su imaginación es fecunda, no hay problema...

No habla de muerte, sangre, violencia o sexo. Tampoco se sumerge en complicadas angustias existenciales o filosóficas, todos ellos elementos «vendedores». «Ami» no contribuye a sembrar odios, al contrario, como la humanidad está en peligro, justamente por la falta de amor, habla de lo que puede salvarla.

Este libro «infantil» nos aproxima al sentido profundo de la entrega fórmulas prácticas para obtener una vida más dichosa, además (aquí comienza la sorpresa del autor) muestra todo el caudal de información que manejan los grupos que estudian el fenómeno «ovni» desde su perspectiva espiritual: lo que Enrique Barrios imaginó corresponde exactamente al contenido de los mensajes telepáticos provenientes, se dice, de seres extraterrestres...

Espontáneamente surgen entusiastas desinteresados «promotores», quienes sin siquiera conocer al autor se lanzan a difundir la obra, haciendo de ello una verdadera «causa». Tal vez «Ami» exprese el ideal de la gran mayoría, por eso tiene fuerza.

Una nueva generación parece estar naciendo, cansada ya de las antiguas fórmulas que han

demostrado su fracaso al entregarnos un mundo al borde del abismo; cansada ya de especulaciones intelectuales vacías, pero esperanzada en el poder de la paz, de la buena voluntad y del amor. Esa generación vibra en sintonía con el mensaje universal y pacifista de este libro, el cual provoca en muchos casos una verdadera «amimanía».

Estos jóvenes de alma comprenden la nueva espiritualidad alegre, optimista, simple, sin oscuros misterios, luchadora, participativa, comprometida con la paz mundial, con la protección a nuestra hermosa naturaleza, con la justicia universal que nace del amor, el cual desconoce fronteras, razas, clases y nacionalidades.

De todo ello nos habla este libro, de unión, paz, estrellas y amor.

Notas

[1] Traducción: Imagina que no hay países, no es difícil hacerlo. <<

[2] Imagínate a toda la gente viviendo la vida en paz. <<